

RETABLO JOVIAL

(1949)

ALEJANDRO CASONA



DEPTO. LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA
IES SÉNECA
Córdoba
2015

NOTA PRELIMINAR

En 1931, recién proclamada la República, el maestro de maestros Manuel B. Cossío¹ abrió con las *Misiones Pedagógicas* un capítulo ejemplar de la educación popular de España. No es hora de recordar aquí la honda raigambre y la limpia entraña social de aquella empresa, pero sí de uno de sus aspectos, primera razón y fuente de estas farsas: el *Teatro del Pueblo*, escena andariega que, paralelamente a *La Barraca* de García Lorca, recorría el mapa mural de la península llevando los gozos del arte a los más apartados rincones campesinos.

A semejanza de la carreta de Angulo el Malo², que atraviesa con su bullicio colorista las páginas del *Quijote*, el teatro estudiantil de las Misiones era una farándula ambulante, sobria de decorados y ropajes, saludable de aire libre, primitiva y jovial de repertorio. Formado por estudiantes y consagrado a auditorios sin letras, no podía ser de otra manera. Tanto por sus representantes como por su público, la comedia y el drama hubiesen resultado géneros demasiado evolucionados para él. En cambio, la farsa, el proverbio y la fábula, con su juego violento y su sabor agraz, eran su expresión natural, así como lo eran en la música el romance coral, la cantiga y la serranilla.

Juan del Encina, Lope de Rueda, el Cervantes de los entremeses, el Calderón de las jácaras y las mojigangas, Ramón de la Cruz y el sabroso Molière universal formaban la nómina de sus autores predilectos³. Pero no vaya a imaginarse nadie, ante la gloria de tales nombres, que impulsaba a los estudiantes misioneros el más remoto propósito *cultista*. Lejos de ellos todo intento de reconstrucción histórica y perfectamente lavados de pedantería libresca, si se amparaban en tan ilustres firmas era precisamente por lo que sus temas tienen de milagrosa sencillez y fresca perdurable. «No hacemos más que devolver al pueblo lo que es del pueblo», decía Cossío. Lope el sevillano, Cervantes, Molière fueron sólo los acuñadores artísticos de esa plata redonda de curso legal en todo tiempo y lugar.

Durante los cinco años en que tuve la fortuna de dirigir aquella muchachada estudiante, más de trescientos pueblos —en aspa desde Sanabria⁴ a la Mancha y desde Aragón a Extremadura, con su centro en la paramera castellana— nos vieron llegar a sus ejidos, sus plazas o sus porches, levantar nuestros bártulos al aire libre y representar el sazonado repertorio ante el feliz asombro de la aldea. Si alguna obra bella puede enorgullecerme de haber hecho en mi vida, fue aquella; si algo serio he aprendido sobre pueblo y teatro, fue allí donde lo aprendí. Trescientas actuaciones al frente de un cuadro estudiantil y ante públicos de sabiduría, emoción y lenguaje primitivos, son una educadora experiencia.

Allí comprobé una vez más que los grandes autores cómicos universales pueden divertir noblemente a un auditorio rural, y acaso más profundamente que a un público cultivado. Lo que en este es previa disposición sumisa al prestigio de un nombre, es en aquél espontánea adhesión al tema fértil, a la expresión jocunda, a esa mezcla de honradez esencial y sabrosa malicia que le es tan familiar. Al revés de lo que ocurre en las salas urbanas, la obra vive con total independencia del autor y con vida más fuerte que la suya; muchos de nuestros campesinos no han oído jamás el nombre de Cervantes, pero ignora el nombre, el gesto y la significación de Sancho.

¹ Manuel Bartolomé Cossío fue un eminente pedagogo que colaboró en las actividades de la Institución Libre de Enseñanza como las *Misiones Pedagógicas*. Uno de los proyectos más originales de estas era la representación ambulante de obras dramáticas clásicas; esto es lo que llevarían a cabo Alejandro Casona con el «Teatro del Pueblo» y García Lorca con el grupo «La Barraca» entre 1931 y 1935.

² En el capítulo 11 de la Segunda parte, don Quijote se encuentra con el «Carro de las Cortes de la Muerte», cuyo conductor se declara integrante de la compañía de *Angulo el Malo*, famoso director de comedias de finales del siglo XVI.

³ Lista de autores que cultivaron un teatro de inspiración popular.

⁴ La comarca de Sanabria se encuentra al norte de la provincia de Zamora.

Esto no era ciertamente un descubrimiento. Cien veces, siendo muchacho, había oído contar a mis labriegos de Asturias un desenfadado cuento de sacristanes rijosos besando nalgas por mejillas en la *gatera* de la cocina, o la burla de la proxeneta ocultando al galán de la sábana que finge mostrar al esposo, o el licencioso romance de un jardinero de monjas; y cuando supe de libros encontré que eran simples deformaciones regionales de otras tantas obras maestras de la literatura: el primero, uno de los *Canterbury Tales*⁵(el cuento del molinero); el segundo, *El viejo celoso* de Cervantes y el tercero, la historia XXI de Boccaccio (Masetto de Lamporecchio); obras todas de evidente inspiración folklórica y tradición milenaria. No podía sorprenderme, pues, al mezclarme entre el público aldeano de nuestro teatro para escuchar sus comentarios, oír adelantar el final de un *enxiemplo*⁶ de *El Conde Lucanor* a gentes que no tenían la menor noticia de que hubo en España un infante Juan Manuel aficionado, antes que el Marqués⁷, a « los cuentos que cuentan las viejas junto al fuego». Sí, resueltamente, no hacíamos más que devolver al pueblo lo que es del pueblo, o por derecho de invención o de colonización cultural.

Un día me dijo el maestro Cossío:

-Habría que escenificar para nuestro teatro ambulante algún capítulo del *Quijote*.

Antonio Machado⁸, patrono de las *Misiones*, apuntó certeramente:

-Los juicios de Sancho; además de malicia y donaire, tienen ese sentido natural de la justicia inseparable de la conciencia popular.

(Nadie ha sentido como Machado el supremo valor artístico de las cosas que vienen del pueblo o tiene la fuerza suficiente para volver a él. Por boca de Mairena⁹ dijo una vez redondamente: «En nuestra literatura todo lo que no es folklóre es pedantería.»)

Recogí la indicación del poeta como una orden, y una semana después leíamos juntos este *Sancho Panza en la ínsula*, que fue incorporado inmediatamente al repertorio trashumante. Del mismo modo pasó a la escena el proverbio XXXV de *El Conde Lucanor*, semilla fraterna de *La tarasca domada* de Shakespeare. He aquí el origen próximo de las dos primeras farsas que incluyo aquí y el origen remoto de las otras tres, realizadas años después en tierras de América, pero obedientes al mismo impulso inicial.

En las que proceden de obras literariamente elaboradas y respaldadas de plena autoridad (Cervantes, Juan Manuel, Boccaccio), mi trabajo se ha limitado a buscar con el máximo respeto la equivalencia dramática de la narración, sin visibles alteraciones en la fábula y los personajes, y trasladando al diálogo escénico, discretamente remozados, el lenguaje y tono originales.

Por el contrario, en los temas de tradición anónima, llegados hasta mí en su desnudez argumental (la *Fablilla del secreto bien guardado* y *Farsa y justicia del corregidor*), he procedido con todas las licencias artísticamente permisibles. Sobre el cañamazo de una anécdota fértil en sugerencias he alzado sin trabas mi tinglado propio; la arquitectura escénica, la invención y tipificación de personajes, el montaje de situaciones y su resolución dialogal, todo ha sido trazado libremente. En cuanto al lenguaje de que aparecen revestidas, no necesitaré añadir que huye a sabiendas de todo rigor filológico, aceptando alegremente la distorsión pintoresca y el anacronismo venial, sin otra pretensión que la de contribuir a la sazón y colorido del conjunto.

La *fablilla* procede de un cuento popular italiano del que sólo conozco el tema, ignorando si alguna vez ha sido desarrollado literariamente. La farsa del corregidor me llegó por primera vez en forma de apólogo oriental,

⁵ Escritos por el inglés Geoffrey Chaucer en el siglo XIV.

⁶ Los *enxiemplos* son cuentos de los que se extrae una enseñanza de carácter moral.

⁷ El Marqués de Santillana (siglo XV) fue el autor de la primera colección de refranes en castellano, *Refranes que dicen las viejas junto al fuego*.

⁸ A. Machado fue el gran poeta de la generación del 98. Vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, alentó las *Misiones Pedagógicas*.

⁹ Nombre del protagonista del libro de Antonio Machado, *Juan de Mairena* (1936); en el libro se reflexiona sobre la vida, la muerte, arte y la sociedad.

recogido del dialecto cairota y divulgado en las escuelas de España por mi fraterno amigo Herminio Almendros en su libro *Pueblos y leyendas*. Parcialmente, y en una vieja versión *a la española* se encuentra en *El Patrañuelo* de Timoneda¹⁰ (Patraña sexta), donde figuran dos de los pleitos tan singularmente resueltos por la justicia rural: el de la mujer embarazada y el del rabo de burro; episodio este último que acaso tuvo en cuenta Cervantes para su colorida narración asnal —*daca la cola, Asturiano!*— de *La ilustre fregona*.

En una palabra, las tres farsas primeras sólo pretenden ser fieles transposiciones del género; las dos últimas recreaciones personales, con plena libertad. Quedan así delimitadas mis aportaciones y responsabilidad.

Finalmente, bien comprendo que, tanto por la ingenuidad primitiva de sus temas como el retozo elemental de su juego —chafarrinón de feria, dislocación de farsa, chocarrería y desplantes campesinos—, no son obras indicadas para la seriedad de los teatros profesionales. Si a alguien pueden interesar, será a las farándulas universitarias, eternamente jóvenes dentro de sus libros o al buen pueblo agreste sin fórmulas ni letras, que siempre conserva una risa verde entre la madurez secular de su sabiduría.

A ellos dedico este RETABLO JOVIAL.

A. CASONA

¹⁰ Juan de Timoneda fue un poeta y autor dramático del siglo XVI que publicó en 1565 *El Patrañuelo*, colección de relatos breves de carácter realista que sirvió para aclimatar en España la novela corta de origen italiano.

FARSA Y JUSTICIA DEL CORREGIDOR

Tradición Popular

PERSONAJES

El Corregidor

El Secretario

El Posadero

El Cazador

El Peregrino

El Sastre

El Leñador

Dos Alguaciles

Un Ministril

.....

Sala capitular con estrado. Gran puerta de cuarterón al fondo, ante la cual montan guardia dos Alguaciles, y otra falsa de acceso al palacio. Preside cualquier Majestad barroca de Castilla.

(Entran el CORREGIDOR y el SECRETARIO de audiencias. Hablan de los vinos y manjares con esa tierna malicia que otros, menos curtidos, reservan a las confidencias de amor).

SECRETARIO

Por Cristo vivo que no recuerdo haber disfrutado en mi vida semejante banquete. Bien pregona la fama que en cien leguas a la redonda no hay mesa como la del señor corregidor.

CORREGIDOR

Cada edad tiene su pecado capital. A los veinte padecía la lujuria; a los treinta la ira y a los cuarenta, la soberbia. Ahora, en mis cincuenta corridos, y antes que me llegue la avaricia, que es maldición de viejos, bendita sea esta gula que me libra de tantos males y, a la que debo tantos bienes.

SECRETARIO

Según eso, ¿afirmaría vuestra señoría que la gula puede ser una virtud?

CORREGIDOR

Sin vacilar. En los años que lleva en mi secretaría, ¿qué le han parecido mis sentencias?

SECRETARIO

Todo el mundo las celebra como la suma de la bondad, de la sabiduría y la justicia.

CORREGIDOR

¿Y a qué lo atribuye vuesa merced?

SECRETARIO

Ante todo a vuestro noble corazón.

CORREGIDOR

Error profundo.

SECRETARIO

A vuestro prodigioso cerebro salmantino

CORREGIDOR

Tampoco, hermano. Todo el secreto está en el estómago. *(Mientras se sirve licor que un MINISTRIL trae en salvilla)* Un hombre bien comido es siempre un hombre bueno. Un hombre bien bebido es siempre un hombre

sabio. El día que a Salomón se le ocurrió la idea de partir a un niño en dos, estaba inspirado por una luminosa digestión. (*Le ofrece un vaso y levanta el suyo.*) ¡Por el único pecado de carne que se puede llevar dignamente a mis años!

SECRETARIO

¡Por el nuevo Salomón de todas las Españas!

LOS DOS

Salud. (*Beben y restallan la lengua jurisperita*)

SECRETARIO

¿Tostado?

CORREGIDOR

Demasiado viejo para eso.

SECRETARIO

¿Solera?

CORREGIDOR

Demasiado joven.

SECRETARIO

Entonces moscatel.

CORREGIDOR

Tu dixisti.

SECRETARIO

Bendita sea la cepa madre (*Beben y restallan de nuevo.*) y ese plato que hemos comido, ¿no podríais decirme de qué dulce milagro está hecho?

CORREGIDOR

¿No lo adivina aún?

SECRETARIO

Por momentos sabía a pernil de monte; por momentos, a muslo de volatería.

CORREGIDOR

Tal vez fueran ambas cosas juntas. Piense en una.

SECRETARIO

¿Paloma torcaz?

CORREGIDOR

Demasiado duras; vuelan largo.

SECRETARIO

¿Perdiz?

CORREGIDOR

Demasiado flojas; vuelan corto. Piense más alto.

SECRETARIO

¿Pato salvaje?

CORREGIDOR
Menos popular.

SECRETARIO
¿Garza?

CORREGIDOR
Más noble aún.

SECRETARIO
¡Faisán!

CORREGIDOR
¡Bravo, secretario! Ya está desvelada la mitad del misterio. ¿Vamos con la otra mitad? (*Se sientan juntos en plena intimidad confidencial.*)

SECRETARIO
Esperad que recuerde. Olía a campo y a fruta.

CORREGIDOR
Buen principio.

SECRETARIO
El sabor era de muerte reciente y en sazón, como de cerdo por diciembre.

CORREGIDOR
Cerca le anda. Pero ¿y aquella inocente ternura de manteca?

SECRETARIO
¿Lechón, quizá?

CORREGIDOR
Caliente, caliente. Pero ¿y aquel sabor de carne perseguida?

SECRETARIO
¿Venado?

CORREGIDOR
¡Que se quema! Pero ¿y aquel gusto bravío de retama?

SECRETARIO
¿Jabalí?

CORREGIDOR
¡Lechón de jabalí con salsa de ciruelas!

SECRETARIO
¡Alabado sea el Santísimo! ¿Y a qué espera el Cabildo para levantar una estatua a vuestra cocinera?

CORREGIDOR
¿Cocinera? ¡Vade retro, blasfemo! Si mi cocinera fuera capaz de tal prodigio, ya hace tiempo que sería mi esposa. No, hijo mío; las mujeres se quedan en los platos mostrencos: la olla podrida, la pepitoria o la menestra. Algunas, más audaces, llegan al estofado de liebre con olivas..., y hasta hay casos aislados de paella. Pero la cocina artística está reservada al genio del hombre. Y entre todos los llamados solo hay un elegido...

SECRETARIO

¡Ciego de mí! No digáis más: ¡Juan Blas, el posadero!

CORREGIDOR

¡Juan Blas el de las Manos de Oro!

SECRETARIO

Ahora lo comprendo todo.

CORREGIDOR

Todo, no. Todavía queda un detalle sutil. (*Se acerca más. Baja la voz.*) ¿No percibió en el guiso cierto aroma furtivo... como una trampa en el juego..., como una cita con una recién casada?

SECRETARIO

Sí, por cierto; un tufillo inquietante.

CORREGIDOR

¡Ay!... era el perfume del pecado.

SECRETARIO

¿Qué pecado?

CORREGIDOR

Míreme bien a los ojos. ¿Soy yo un hombre honrado?

SECRETARIO

El más honrado, el más justo, el más incorruptible de los jueces.

CORREGIDOR

Pues bien, hermano; eso que acabamos de comer juntos era el producto de un robo.

SECRETARIO

¡Imposible! ¿Su señoría robando?

CORREGIDOR

Yo pecador

SECRETARIO

¿Y yo vuestro cómplice? ¿Yo vuestro encubridor por una hora de gula?

CORREGIDOR

Es mi talón de Aquiles. Póngame delante una sonrisa de moza o una lágrima de viuda, y me verá impávido. Póngame a los pies todo el oro del mundo y no me verá doblar la vara de la justicia. Pero no me ponga un lechón de jabalí con salsa de ciruelas porque soy hombre al agua. (*Levanta su vaso.*) ¡Por Juan Blas el posadero, que Dios me conserve por los siglos de los siglos!

SECRETARIO

Amén.

(*Chocan y beben. Se fuera oyen dos tiros, gritos lejanos y la voz de JUAN BLAS que llega corriendo.*)

VOZ

¡Socorro! ¡Favor!

ALGUACILES

(*Deteniéndole.*) ¡Alto!

POSADERO

¡Que me matan! ¡Piedad para un inocente !

SECRETARIO

¡Dios de Dios! ¿No es Juan Blas el posadero en persona?

CORREGIDOR

¡Dejadle paso!

(Los alguaciles se apartan. JUAN BLAS cae de rodillas, temblando a los pies de EL CORREGIDOR.)

POSADERO

Por su alma, señor corregidor, ¡sálveme! ¡Cuatro hombres me vienen persiguiendo dispuestos arrancarme el pellejo!

CORREGIDOR

¿En mi presencia?

POSADERO

Con la furia que traen son capaces de todo *(Se oye el griterío llegando a la puerta)*, ¡Ahí están! ¡Muerto soy si la vara de la justicia no me ampara!

CORREGIDOR

Pronto, secretario, detenga a esos hombres. Y que no entre nadie hasta que yo lo ordene. *(Sale el SECRETARIO y ALGUACILES, cerrando la puerta. Fuera va calmándose el tumulto)* Tranquilízate, hijo mío. ¿Por qué te persiguen?

POSADERO

Por cuatro cosas en que no tengo culpa: un robo, un mal parto, cuatro costillas rotas y un rabo de burro.

CORREGIDOR

Nunca escuché juntos tan extraños delitos. Explícate.

POSADERO

Lo del robo, mejor lo sabe su señoría que yo. Es aquel lechón de jabalí que me hizo traerle esta mañana. Imagínese cómo se puso el cazador cuando volvió a buscarlo y se encontró con las manos vacías

CORREGIDOR

Era de esperar. Pero ¿no le dijiste que el lechón se había escapado del horno, como te mandé?

POSADERO

¡Nunca tal hubiera dicho! ¡Eché mano a la escopeta jurando como un demonio, y si no pongo pies en polvorosa a estas horas estaría su señoría hablando con un cadáver!

CORREGIDOR

Comprendo lo del cazador. Pero ¿y los otros?

POSADERO

Todo lo enredó mi mala estrella. Huyendo del cazador le rompí cuatro costillas a un peregrino; huyendo del peregrino atropellé a la mujer del sastre que estaba embarazada; y huyendo del sastre ocurrió la desgracia más sangrienta: la del burro.

CORREGIDOR

¿Qué desgracia y qué burro son esos?

POSADERO

El burro del leñador. Era mi única salvación para escapar, pero el maldito animal se echó al suelo; yo quise levantarlo a la fuerza tirándole del rabo, y él que no, yo que sí, tanto tiramos los dos que me quedé de cuajo con

el rabo entre las manos. Y ahí están los cuatro como cuatro furias pidiendo a gritos mi cabeza. ¡Defiéndame señor!

CORREGIDOR

Calma, Juan Blas, calma. Difícil es tu caso, pero soy hombre agradecido ¡y mal potaje de nabos me dé Dios, si no te salvo! Que más le valiera a la República perder sus monumentos y su historia que perder un cocinero como tú.

POSADERO

(Besándole las manos.) ¡Gracias, señor, gracias!

(El CORREGIDOR sube a su estrado y agita la campanilla. Se abre la puerta)

CORREGIDOR

Que pasen los querellantes.

(Entran en tropel, detrás del SECRETARIO, el CAZADOR con su pluma y escopeta, el PEREGRINO con su bordón y conchas santiaguinas, el SASTRE con sus enormes tijeras y el LEÑADOR con un rabo de asno. Los ALGUACILES nuevamente en la guardia.)

CAZADOR

Allí está el ladrón. ¡A la picota!

SASTRE

El asesino de niños. ¡A la horca!

PEREGRINO

¡Mis costillas..., hay mis pobres costillas.

LEÑADOR

Mi pollino querido..., mi compañero de fatigas. ¡Mire, señor, este triste despojo!

TODOS

¡Justicia, señor corregidor!

CORREGIDOR

(Imponiéndose a campanillazos) ¡Silencio todos! Siéntese el acusado. Siéntense los querellantes. Y oigamos en derecho a las dos partes. *(Alza el brazo, solemne.)* En el nombre del Padre, etcétera, etcétera. ¿juran todos decir, etcétera, etcétera?

TODOS

¡Juramos!

CORREGIDOR

Queda abierta la audiencia. Escriba secretario, secretario. *(Se sienta. Los cuatro acusadores vuelven a alborotarse.)*

CAZADOR

¡Cien latigazos a ese ladrón!

PEREGRINO

¡Mis costillas..., mis costillas!

SASTRE

¡Venganza para un padre malogrado!

LEÑADOR

¡Justicia contra ese arrancador de rabos inocentes! *(Llora besando y acariciando su despojo. Campanillazos.)*

CORREGIDOR

¡Silencio, repito, o hago desalojar la sala! Que hable el primero.

CAZADOR

(*Se levanta*) Yo, señor, soy cazador de oficio. Esta mañana salí temprano al monte y tuve la fortuna de cazar un faisán y un lechón de jabalí, que, juntamente con una libra de ciruelas, lleve al horno de este enemigo público. Tres horas después vuelvo con la boca en agua a reclamar mi guiso, ¿y sabe su señoría con qué cuento me sale el muy bribón? ¡Qué se atreva a repetirlo delante de la justicia!

CORREGIDOR

Conteste el reo. ¿Dónde están las ciruelas de este hombre?

POSADERO

Se las comió el faisán.

CORREGIDOR

¿Y el faisán?

POSADERO

Se lo comió el jabalí.

CORREGIDOR

¿Y el jabalí?

POSADERO

No hice más que abrir el horno y echó a correr hacia el monte como una centella.

CAZADOR

¿Cuándo se ha visto mayor desvergüenza? Encima del robo, el embuste y el escarnio. ¿No es para mandarlo al garrote de cabeza?

CORREGIDOR

Calma, cazador, que la ira es mala consejera. Juzguemos serenamente. Por lo pronto, las tres afirmaciones que ha hecho el acusado podrán ser sospechosas *de facto*, pero *in principio* son indiscutibles. ¿Puede nadie negar que un faisán coma ciruelas?

CAZADOR

Eso no.

CORREGIDOR

¿Puede nadie negar que un jabalí coma faisanes?

CAZADOR

Tampoco.

CORREGIDOR

¿Y puede nadie negar que un animal de monte tire al monte?

CAZADOR

Pero, señor corregidor, es imposible. El jabalí estaba muerto y bien muerto.

CORREGIDOR

Nada hay imposible ante la voluntad de Dios. Muerta estaba la hija de Jairo cuando le fue dicho: « ¡Dormida estás, despierta! ».

SECRETARIO

San Mateo, capítulo nueve, versículo veinticinco.

CORREGIDOR

Muerto y bien muerto estaba Lázaro cuando le fue dicho: «Levántate y anda.»

SECRETARIO

San Juan, capítulo once, versículo cuarenta y tres.

CORREGIDOR

¿Vas a poner en duda los Santos Evangelios?

CAZADOR

¿Qué importan ahora Juan y San Mateo?

CORREGIDOR

¿Cómo que no importan? ¡Anoto, secretario!

SECRETARIO

Anoto. (*Escribe vertiginosamente*)

CORREGIDOR

De lo que se trata aquí es de Juan Blas el posadero. Y yo afirmo que un posadero no puede hacer milagros.

CORREGIDOR

¡Imprudencia temeraria! ¿No tiene acaso todos los posaderos del mundo el don de transformar el agua en vino como en las bodas de Caná? ¡Anoto!

SECRETARIO

Anoto.

CAZADOR

Yo no hablo de agua ni de vino sino del jabato al horno. ¡Y lo que yo digo es que la carne al horno muerta está y muerta se queda, para siempre!

CORREGIDOR

¿Qué dices insensato? ¿Serás también capaz de negar la resurrección de la carne? ¡Anoto!

SECRETARIO

Anoto

CAZADOR

Pero, señor corregidor...

CORREGIDOR

¡Silencio! ¿Anoto?

SECRETARIO

Anoté.

CORREGIDOR

Lea el folio.

SECRETARIO

Primo: el deponente confiesa ser cazador de oficio, con desprecio evidente del quinto mandamiento: no matarás. Secundo: declara impudicamente no importársele un rábano de los Santos Testimonios y las bodas de Caná. Tercio: manifiesta abiertas dudas y recelos el dogma de la Resurrección. Cuarto...

CORREGIDOR

Suficiente. Lo siento por ti, hijo mío podría perdonarte que hayas tratado de difamar a un honrado ciudadano, sin pruebas ni testigos; y hasta que hayas penetrado con armas en el templo de la Justicia. Pero esa herejía *in fraganti* no habrá más remedio que someterla a la Santa Inquisición.

CAZADOR

¿La Inquisición? (*Cae de rodillas.*) ¡Misericordia, señor! Yo abjuro, reniego y me retracto de todo lo dicho. ¡Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa!

CORREGIDOR

¿Tiene algo que oponer el acusado?

POSADERO

Por mi parte puede ir en paz. Yo le perdono.

CAZADOR

Gracias, hermano Blas. Gracias, señor.

CORREGIDOR

(*Agita la campanilla y se levanta para sentenciar. Todos en pie*) Vista la conciliación de las partes: devuélvase al posadero la honra y fama que se le había quitado. El primer faisán y el primer jabalí que cobre el cazador, tráigalos a este tribunal como descargo. Y previo al pago de veinte reales para ayuda de costas, átese, condíméntese y sírvase. ¡Digo! ¡Sobreséase, lácrese y archívese! (*Nuevo campanillazo. Se sientan todos*) Que hable el segundo
(El CAZADOR *vuelve a su sitio y se levanta el PEREGRINO*).

PEREGRINO

Yo, señor, soy un pobre peregrino de vuelta desde Compostela. Estaba en la iglesia rezando santamente el rosario, cuando siento allá arriba en el coro un estrépito de carreras y alaridos como de gatos en enero. No hago más que levantar los ojos creyendo que se hundía el firmamento, y de repente, este posadero del infierno que se me desploma encima rompiéndome cuatro costillas. ¿Qué va a ser ahora de mí, viejo y tullido? ¡Justicia en nombre del cielo!

CORREGIDOR

(*Encarando furioso al posadero.*) ¡Ah bestia del Apocalipsis! ¿A un anciano bendito del apóstol, en plena oración en plena iglesia? ¿Cómo puedes disculpar tal sacrilegio?

POSADERO

Yo iba ciego de terror y entré en sagrado buscando refugio. El cazador me persiguió con la escopeta escaleras arriba. No me quedaba otra salida que saltar la baranda. Entonces cerré los ojos y... ¡zas! ¿Quién podía imaginar que este santo varón estuviera debajo?

CORREGIDOR

¡Basta! has incurrido en pecado de profanación y la ley ha de ser inexorable. ¡Ojo por ojo, costilla por costilla! Vete ahora mismo a la iglesia y arrodíllate a rezar el rosario. Tú peregrino, súbete al coro, cierra los ojos y tírate sin miedo encima de él.

PEREGRINO

Pero, señor corregidor, ¡son siete varas de altura!

CORREGIDOR

Mejor; cuanto más alto el coro, mayor será el castigo.

PEREGRINO

¿Y si no atino y caigo en las baldosas? ¿Y si en lugar de sus costillas se rompen otras cuatro de las mías?

CORREGIDOR

¡Cómo, hombre de poca fe! ¿Vas a dudar del juicio de Dios?

PEREGRINO

¡No! no es la fe lo que me falta. Pero pensándolo bien, con las costillas que me quedan, todavía puedo arreglarme. ¡Y es tan cristiano sufrir y perdonar! Si el señor lo permite prefiero retirar la demanda.

CORREGIDOR

¿Tiene algo que oponer el acusado?

POSADERO

Nada señor.

CORREGIDOR

En ese caso... (*Campanillazo y todos en pie.*) Visto el mutuo consenso y la cristiana renunciación del demandante: por ésta sola vez, y sin que sirva de precedente, autorícese al peregrino a seguir viaje, libre de toda costa, caución y emolumento. Sobreséase, lácrese y archívese. (*Se sienta*) Que hable el tercero (*Vuelve a su sitio el PEREGRINO y se levanta el SASTRE*).

SASTRE

Yo, señor, soy sastre de tijera, como puede verse. Hace siete años que me casé soñando con un hijo a quien dejar mi oficio y mis ahorros, pero el fruto esperado no llegaba. Nos pasábamos las noches enteras rezando juntos, y nada. Las comadres acudían con yerbas, en salmos y jaculatorias, y nada. La llevé a las benditas aguas de San Serenín del Monte, y tampoco. Ya empezaba a desesperar, cuando por fin el milagro se hizo. ¡Imagínese mi gozo! Día por día le medía la cintura bendiciendo cada nueva pulgada y considerándome el más feliz de los sastres padres...

CORREGIDOR

Conmovedora historia, pero al grano, al grano.

SASTRE

Pues el grano fue que este mediodía íbamos juntos a la iglesia a dar gracias al cielo, cuando de repente, la puerta que se abre de golpe, este energúmeno sale como una tromba estrellándose contra mi mujer, y entre el encontronazo y el espanto, ¡mi trabajo de siete años perdido en un minuto! ¡Justicia contra el asesino!

POSADERO

¡Soy inocente! ¡Si yo hubiera sabido tu mujer estaba en vísperas, antes me hubiera dejado arrancar los ojos que rozarla siquiera! ¡Perdón, hermano sastre!

SASTRE

Nada se arregla con perdones. Esta mañana yo era un hombre feliz y ahora soy un desdichado. Esta mañana mi mujer estaba llena y redonda como una manzana, y ahora está floja y escurrida como un odre. ¡Justicia, señor corregidor!

CORREGIDOR

¡Ah miserable posadero! ¡De esta sí que no te salvas! ¡Llévate a tu casa a la mujer de este buen hombre, y no descanses hasta devolvérsela llena y redonda como estaba! ¡Pronto!

POSADERO

(*Levantándose resuelto.*) ¡Vamos!

SASTRE

¡Alto ahí! ¡Protesto la sentencia!

CORREGIDOR

Protesta rechazada. Si este infame te ha arruinado una cosecha, ¿no es justo que te devuelva otra cosecha?

SASTRE

Me niego. ¡Es una injusticia manifiesta!

CORREGIDOR

¿Insulto a la autoridad? ¡Veinte reales de multa por desacato al tribunal!

(El SECRETARIO *escribe vertiginosamente, consumiendo folios.*)

SASTRE

No me importa el precio. ¡Todos mis ahorros con tal de ver a ese desalmado en la picota!

CORREGIDOR

¿Intento de soborno? ¡Cuarenta reales!

SASTRE

(*Desesperado, buscando amparo en la conciencia popular.*) ¿Oyen esto, vecinos? ¿Puede consentirse este atropello?

CORREGIDOR

¿Incitación a la rebelión? ¡Ochenta reales!

SASTRE

¡Apelaré a su Majestad! ¡Si es necesario llegaré hasta Roma!

CORREGIDOR

¿Colaboración con una potencia extranjera? ¡Ciento sesenta reales! ¿Tienes algo más que alegar?

SASTRE

(*Calmándose de repente.*) Nada, señor, muchas gracias. Solo quisiera hacer constar humildemente -sin alevosía ni ensanchamiento- que, en cuanto al posadero, renuncio a toda restitución en especie. Mis cosechas prefiero sembrármelas yo mismo.

CORREGIDOR

Puesto así, puede considerarse. ¿De acuerdo el acusado?

POSADERO

De acuerdo.

CORREGIDOR

Conciliadas las partes. (*Campanillazo y en pie.*) Veinte, cuarenta, ochenta y ciento sesenta, trescientos reales redondos. Páguese, cóbrese y embólese (*Se sientan*) Que hable el cuarto.

(El LEÑADOR *se levanta confuso escondiendo su rabo. Vacila. De repente echa a correr hacia la puerta. Los ALGUACILES le cierran el paso.*)

LEÑADOR

Es tarde y tengo que llevar mi leña al mercado.

CORREGIDOR

Aguarda, hijo. Primero tienes derecho a que se te escuche y se te haga justicia. ¿No traías acusación contra este maldito posadero?

LEÑADOR

¿Una acusación yo? ¡Jamás! Yo juro por toda la corte celestial que mi burro nació sin rabo, que toda su vida ha vivido sin rabo, y que sin rabo ha de morir en paz y en gracia de Dios ¡con licencia señor corregidor! (*Sale corriendo*).

CORREGIDOR

¡Sobreséase, lácrese y archívese! ¿Anoto?

SECRETARIO

¡Anote!

CORREGIDOR

Caso cerrado.

(Telón)

ENTREMÉS DEL MANCEBO QUE CASÓ CON MUJER BRAVA
SEGÚN EL EJEMPLO XXXV DE *EL CONDE LUCANOR*

PERSONAJES
PATRONIO
EL MANCEBO
EL PADRE DEL MANCEBO
LA MOZA
EL PADRE DE LA MOZA
LA MADRE DE LA MOZA
MUSICOS Y DANZANTES

.....

PRÓLOGO

(Sale PATRONIO ante la cortina y habla al público)

PATRONIO

Ahora escuchad, señores, si os queréis divertir con un antiguo cuento. Y sabed que soy Patronio, criado y consejero del ilustre conde de Lucanor, el cual ha por costumbre consultarme en cuantas dudas le acaecen. Y es la duda esta vez que a un su criado le tratan casamiento con una moza muy rica que él y de más alto linaje; y siendo así que el casamiento es bueno, no se atreve a llevarlo por adelante por recelo que tiene. Y es el recelo que la tal moza es la más fuerte y la más brava cosa que hay en el mundo, y tan áspera de genio que, a buen seguro, no habrá marido que con ella pueda. Por eso yo Patronio, consejero fiel, quiero sacar hoy al teatro este cuento que viene aquí como de molde, para que a vos y a mi amo sirva de ejemplo. Y es *La historia del mancebo que casó con mujer brava*, y del arte que se dio para dominarla desde el punto y hora que se casaron.

Escuchad la historia, que escrita en un famoso libro, primero de los libros de cuentos que por estas tierras de España se escribieron. Y vaya el gozo y la reflexión que os cause, a la mayor gloria de su autor, el infante don Juan Manuel, que hace seiscientos años fue en Castilla cortesano discreto, poeta de cantares y autor de libros de caza y de sabiduría. *(Retírase PATRONIO y suben al tablado EL MANCEBO y EL PADRE DEL MANCEBO.)*

ESCENA PRIMERA

PADRE

Dígotte, hijo mío, que lo pienses mejor antes que a esa puerta llame. Que la tal moza es muy más rica que nosotros y de más alto linaje; y malo es que la mujer aventaje en prendas y fortuna a SU marido

MANCEBO

Cierto es. Pero pensad también, padre que siendo vos pobre, nada tenéis que me dar para vivir a mi honra. Y siendo eso así, si no me concertáis el casamiento que os pido, forzado me veré a hacer vida menguada o a irme de estas tierras en busca de mejor ventura.

PADRE

Mucho me maravilla tu intento y osadía. Tanto más cuanto que en todo sois diferentes. Tú eres pobre y ella es rica. Más tierras tiene de las que podrías andar a caballo en todo un día, aun yendo al trote.

MANCEBO

No reparéis en eso; que si ella tiene fortuna, yo se la aumentaré con mi esfuerzo. Y si sus tierras son tantas que no se pueden andar en todo un día, aun yendo al trote, ¡yo se las andaré al galope!

PADRE

Más hay; y es que cuanto tú tienes de buenas maneras, otro tanto las tiene esa moza de malas y enrevesadas.

MANCEBO

A eso os respondo, padre, que no hay mula falsa donde hay buen jinete; y que yo sabré tenerle fuerte la rienda desde el principio.

PADRE

Mira mancebo, que nunca su padre la pudo dominar. Y que tal genio tiene la condenada que no habrá, fuera de ti, hombre en el mundo que quisiera casar con semejante diablo.

MANCEBO

Llamad a esa puerta, padre. La moza es brava, pero brava y todo, es mi gusto. Si su padre nos la concede, yo sabré, como se han de pasar las cosas en mi casa desde el primer día. Llamad sin miedo.

PADRE

Puesto que tú lo quieres, sea. No dirás luego que no te lo advertí con tiempo. Pidamos ahora la moza y quiera el cielo que no nos la concedan. ¡Ah de la casa!

(Llama con su cayado y descórrese la cortina mostrando la casa de LA MOZA. Está solo EL PADRE, ocupado en seleccionar semillas.)

ESCENA SEGUNDA

PADRE RICO

Dichoso los ojos, señor vecino. ¿Qué cosa os trae a mis puertas?

PADRE POBRE

Esto es, señor y amigo, un ruego que vengo a haceros para este hijo mío.

PADRE RICO

Sepa yo qué es ello.

PADRE POBRE

Vos, amigo y señor, tenéis una sola hija...

PADRE RICO

Una sola, cierto; pero así me pesa como si fueran doscientas.

PADRE POBRE

Y yo sólo tengo este hijo. Antaño cuando los dos éramos pobres, juntamos nuestra amistad. Hoy vengo a rogaros, si os cumple, que juntemos también nuestros hijos.

PADRE RICO

(Aparta su quehacer y se levanta pasmado)

¿Cómo es eso, vecino? ¿De casamiento os atrevéis a venir a hablarme?

PADRE POBRE

Ya le advertí al mancebo de vuestra riqueza y nuestra humildad. Pero él se empeña...

PADRE RICO

(Avanza hacia EL MANCEBO, que retrocede perplejo)

¿Que este mozo quiere cazar con mi hija? ¿No me engañan mis oídos?

MANCEBO

Esa es nuestra súplica. Si lo tenéis a bien.

PADRE RICO

¡Y cómo si lo tengo a bien! ¡Dios te bendiga, muchacho, y qué peso vienes a quitarme de encima! (*Lo abraza.*)

PADRE POBRE

Luego... ¿nos la concedéis?

PADRE RICO

Lograda está la moza, y nunca oí tal, que hombre alguno quisiera casar con ella y sacármela de casa. Pero por Dios que yo sería bien falso amigo si antes no os advirtiera lo que cumple en este trance. Que amigos somos, y vos tenéis muy buen hijo, y sería gran maldad consentir en su desgracia. Porque habéis de saber que así es de áspera y brava mi hija igual que una tarasca. Y si el mancebo llegara a casar con ella, más le valdría la muerte que la vida.

PADRE POBRE

Tate, tate, señor no tengáis de eso recelo, que el casamiento es a su sabor. Que el mancebo bien sabe de qué condición es ella, y con todas sus prendas, la quiere.

PADRE RICO

Siendo así, no se hable más. Yo te la doy de muy buen grado, hijo mío. ¡Y que el cielo te saque con bien de este negocio! (*Óyese dentro griterío de riña y estrépito de platos que se rompen.*) No se espanten: es la moza que está discutiendo amigablemente con su madre (*Llama a voces.*) ¡Hola muchacha! ¡Señora! Salid acá, que hay grandes nuevas. (*Sale MADRE y MOZA muy airadas disputándose un paño, del que tiran ambas.*)

MADRE

¡Suelta digo! ¡Suelta!

MOZA

¡Con las uñas y a tiras ha de ser mío, que es mío, mío y mío!

PADRE RICO

Mas, ¿qué es esto, señora? ¡Hija indomable! ¿Así os presentáis? ¿No véis que huéspedes tenemos?

MOZA

(*Desabrida, mirándolos de hito en hito*) ¿Y qué huéspedes son éstos, ni por qué han de importarnos?

PADRE RICO

Este mancebo, hija mía, es tu marido.

MOZA

¿Mi marido? ¿Esto?... (*Hace él una reverencia y ella ríe.*) Gracias por el regalo. No me pudiste encontrar cosa mejor en la feria, padre?

MADRE

Espantárame yo, marido, si algo hicieras con seso. Pues qué, ¿con el más desharrapado de la villa había de estrellarse nuestra hija?

PADRE RICO

Callad por una vez, señora, y no repliquéis más. Es mi voluntad y ya está hecho. Mañana será la boda.

MADRE

(*Furiosa*) ¡Vuestra voluntad, vuestra voluntad! ¿Y qué voluntad es la vuestra, bragazas? ¡Ay mi hija, mi pobre hija!...

PADRE RICO

(*Refugiando su confidencia junto al vecino.*) También la madre es buena, amigo. ¡Pero a ésa ya no hay quien me la saque de casa! (*Córrese la cortina y vuelve PATRONIO.*)

ESCENA TERCERA

PATRONIO

Ya veis aquí, señores cómo principia el cuento. Pronto hemos de ver cómo se adoba y acaba. Fuerte es la moza y bien tajado el mancebo. Lo que sea de su casamiento y fortuna, ahora lo sabréis. Yo voyme a retirar, que el cortejo llega, y yo salí para advertiros esta razón: que el casamiento se hizo y ya traen a la novia a casa de su marido.

(Saluda al cortejo de bodas, que viene por la plaza y sale. El cortejo sube al tablado. Vienen dulzainas, tamboriles y panderos. Luego, el PADRE RICO y la MADRE; detrás los novios y parejas de mozos y mozas coronados de guirnaldas. Trenzan una danza de cintas y figuras. Cuando el baile termina, entre relinchos y gritos el PADRE RICO toma a la MOZA de la mano y la aparta a un rincón.)

PADRE RICO

Casada sois, hija mía; oídme ahora un consejo: obedeced y servid a vuestro marido, que más sosiego hay en obedecer que en mandar.

MADRE

(Tomando a la MOZA de la mano y llevándola al otro extremo)

Casada sois, hija mía; oídme ahora un consejo: no os dejéis ablandar ni por buenas ni por malas; que al que lame las manos, a ese danle palos.

PADRE RICO

Ea, señores, retírese ya el cortejo y déjese a los novios en su soledad hasta otro día.

(Hacen la despedida, entre risas y abrazos, y salen todos cantando. El MANCEBO descorre la cortina y entra la novia en su casa. Está puesta la mesa y sobre ella un candelabro encendido. Al fondo, por una ventana, se ve la cabeza del caballo rumiando en el pesebre. Mientras la MOZA se quita sus galas y guirnaldas, se oye el canto del cortejo alejándose.)

ESCENA CUARTA

MANCEBO

Digo, mujer, que no se cumple con nosotros la costumbre de esta tierra, que es la de adobar cena y mesa a los novios sin que nada les falte.

MOZA

Pues qué, ¿no veis ahí todo?

MANCEBO

No veo que hayan dispuesto el aguamanos.

MOZA

¡Aguamanos! ¿Con esa salís, marido? Comed y callad, que bien acostumbrado estaréis, de vuestra casa, a comer sin lavaros.

MANCEBO

No tal, que siempre he sido pobre, pero limpio. ¡Lavarme quiero! *(Espera. Al ver que no le atiende da un puñetazo sobre la mesa alzando la voz)* ¡Lavarme quiero! *(Mira airado en su alrededor.)* ¡Eh, tú, don perro: dame agua a las manos! *(Otra pausa esperando)* ¡Cómo! ¿No oíste, perro traidor, que me des agua a las manos? ¡Ah! ¿callas? ¿no obedeces? ¡Pues aguarda y verás! *(Sale furioso entre cortinas y da de cuchilladas al perro, que aúlla espantado)*

MOZA

Pero ¿qué habéis hecho marido? ¿Al perro habéis matado? ¡Miren qué empresa de hombre!

MANCEBO

Mandele traer agua y no me obedeció. *(Limpia su espada en el mantel y vuelve los ojos airado alrededor. Se dirige al gato, que se supone al otro lado.)* ¡Eh, tú, don gato: dame agua a las manos!

MOZA

¿Al gato habláis, marido?

MANCEBO

¿Cómo, don falso traidor! ¿También tú callas? Pues qué, ¿no viste lo que fue del perro, por no obedecer? Prometo que si poco ni más conmigo porffas, lo mismo te he de hacer a ti que al perro. ¡Dame agua a las manos ahora mismo!

MOZA

Pero, marido, ¿cómo queréis que un gato entienda de aguamanos?

MANCEBO

(Le impone silencio secamente.) ¿Qué, no te mueves todavía? ¡Ah gato traidor!... ¡Aguarda, aguarda tú también! *(Sale entre cortinas. Se oyen unos maullidos estridentes y vuelve a entrar con el gato ensartado en la espada. Lo tira contra el suelo.)*

MOZA

¡Ay mi gato, mi pobre gato querido!... *(Lo levanta por el rabo, comprobando que está muerto. El MANCEBO mira en torno cada vez más furioso. Se oye en el patio el relincho del caballo.)*

MANCEBO

Y ahora vos, don caballo. ¡Dame agua a las manos!

MOZA

¡Eso no! ¡Teneos marido, que perros y gatos muchos hay, pero caballos no tenéis otro que ése!

MANCEBO

Y bien, mujer, ¿pensáis que porque no tengo otro caballo se ha de librar de mí si no me atiende? Guárdese de enojarme, o si no, ¡yo juro a Dios que tan mala muerte le he de dar a él como a los otros! *(Mirando fijamente avanza hasta ella, que retrocede comenzando a espantarse.)* Y no habrá cosa viva en la casa a quien no hiciera lo mismo. ¡Eh!. ¿Oíste, don caballo? ¡Dame pronto agua a las manos!

MOZA

(Se santigua) ¡Ánimas del Purgatorio! ¡loco está!

MANCEBO

¿Qué, no te mueves? ¡Pues toma tú también! ¡Toma! *(Le suelta un pistoletazo. El caballo cae redondo.)*

MOZA

¡Dios nos valga, marido! ¡Muerto es el caballo!

MANCEBO

Pues qué, ¿he de mandar yo una cosa y no se me ha de obedecer en mi casa? *(Tira la silla de un puntapié. Vuelve a mirar a todos lados con furia. Fija los ojos en ella y dice reposadamente:)* Mujer..., dame agua a las manos.

MOZA

¿Agua? ¡Ahora mismo! ¿Por qué no me la pedisteis a mí antes, marido? *(Corre y vuelve con aguamanil y toalla)* Dejad, no os molestéis; yo misma os lavaré.

MANCEBO

Bien está. Dadme ahora la cena.

MOZA

Sí, sí, sí..., la cena..., ahora mismo. Lo que mandéis, señor. Aquí está la cena. *(Le sirve prodigando sonrisas. Queda en pie mientras él cena.)*

MANCEBO

¡Ah!, cómo agradezco al cielo que hicisteis a tiempo lo que os mandé. Que si no, con el enojo que tengo, otro tanto os hubiera hecho a vos como al caballo.

MOZA

¿Y cómo no os había de obedecer, marido? Bien sé yo que no hay gala que tan bien siente a una mujer como servir y honrar al señor de su casa. Mandadme cuanto queráis, que yo os juro...

MANCEBO

¡Callad!

MOZA

Sí, sí, sí, perdón.

MANCEBO

Mala está la cena.

MOZA

Sí, sí, sí, mala está.

MANCEBO

Que no vuelva a suceder.

MOZA

No, no, no volverá. Yo misma la prepararé mañana.

MANCEBO

Yo voime ahora a la cama.

MOZA

Sí, sí, sí.

MANCEBO

Y cuidado que nadie me turbe ni desasosiegue, que con la saña que tuve esta noche no sé si podré dormir. ¡Esa silla!

MOZA

Sí, sí, sí, la silla.... (Se apresura a levantarla y ponerla en su lugar.)

MANCEBO

¡Alumbrad!

MOZA

Sí, sí, sí.

MANCEBO

¡Y silencio! *(Le acompaña con el candelabro hasta el umbral, cediendo al paso con una reverencia. Sale el MANCEBO. Fuera se oye nuevamente la canción de bodas. La MOZA se vuelve aterrada imponiendo silencio en todas direcciones.)*

MOZA

¡Eh, locos, ¿qué hacéis? ¡Callad, no turbéis a mi marido; si no, todos, todos somos aquí muertos esta noche! *(Va apagándose la música lejos. Ella impone silencio hacia el público andando en puntillas, mientras corre la cortina suavemente.)* ¡Silencio! ¡Silencio todos, por Dios..., que duerme mi señor! *(Queda el teatro a oscuras un momento. canta el gallo del alba y empieza a amanecer.)*

ESCENA QUINTA

(Ante la cortina)

(Sale sigilosamente el PADRE DE LA MOZA y escucha con la mano en la oreja.)

PADRE RICO

Nada... Por mi fe que sospechoso tanto silencio. ¿Qué habrá pasado aquí? *(Llama)* ¡Mi yerno!... ¡Mi yerno!... *(Sale el MANCEBO.)* ¡Eh!, ¿qué tal?

MANCEBO

Ya está mansa la tarasca.

PADRE RICO

Imposible. ¿Mansa mi hija?

MANCEBO

Como una cordera.

PADRE RICO

Maravilla grande es ésa. ¿Pues cómo te las pudiste arreglar para conseguir tal milagro?

MANCEBO

Tirando fuerte de la rienda desde el principio. Mandele traer agua al perro, y como no lo hizo, matelo a cuchilladas delante de ella. Hice luego lo mismo con el gato. Y después, con el caballo. Así que cuando le mandé traer agua a ella, hízolo volando por miedo a correr la misma suerte. Y yo os juro que, de hoy en adelante, va a ser vuestra hija la mujer más mandada del mundo. Y juntos tendremos muy buena vida.

PADRE RICO

Diablo, diablo rapaz..., y qué gran idea me estás dando. Si yo pudiera hacer lo mismo con la madre... ¡que también es buena!

MANCEBO

No sé que os diga, mi suegro, sino que nunca segundas partes fueron buenas. Y que os acordéis de aquellos versos del conde Lucanor:

“si al principio no muestras bien quién eres
nunca podrás después cuando quisieres”.

Silencio. Ahí viene vuestra mujer.

PADRE RICO

Por tu alma, rapaz, ¡déjame esa espada!

MANCEBO

Tomadla. Y que el cielo os ayude. Adiós, mi suegro.

(Sale. Descorre la cortina. El PADRE adopta una gallarda actitud apoyado en su espada y entra la MADRE.)

ESCENA ÚLTIMA

MADRE

¿qué hacéis aquí, marido, tan temprano y con una espada desnuda?

PADRE RICO

(autoritario) ¿y quién sois vos para preguntarme nada, señora?

MADRE

¡Cómo! ¿Qué quién soy yo, decís?

PADRE RICO

Hablad cuando os manden y mucho cuidado con enojarme.

MADRE

¡Hola marido!, ¿ésas tenemos?

(Canta el gallo en el corral.)

PADRE RICO

Y antes de replicar más palabras, mirad bien lo que voy a hacer. Eh , tú, don gallo: ¡tráeme agua a las manos!

MADRE

Pero ¿qué hacéis don Fulano? ¿Al gallo estáis hablando?

PADRE RICO

Silencio y ojo a lo que va a pasar aquí. Eh, gallo traidor, ¿no oíste que me des agua a las manos? ¿Qué, no obedecerás por las buenas? ¡Pues aguarda, aguarda!... *(Sale furioso al corral, donde se oyen cintarazos y algarabía de gallos y gallinas)*

MADRE

Ya... ¡Arroz se nos prepara! *(Se remanga los brazos esperando tranquila. Vuelve el PADRE trayendo al gallo por el cuello.)*

PADRE RICO

¿Viste lo que fue de este gallo maldito por no obedecer?

MADRE

Sí, bien o entiendo. Pero tarde os acordasteis, marido. Por ahí deberíais haber empezado hace treinta años, que ahora ya nos conocemos demasiado, y de nada os valdría conmigo aunque mataseis cien caballos. *(Arrebatándole el gallo y golpeándole con él.)* ¡Andad adentro, bragazas! ¡Andad, andad!...

(Telón)

FARSA DEL CORNUDO APALEADO
SEGÚN LA HISTORIA LXXVII DE *EL DECAMERÓN* DE BOCCACCIO

PERSONAJES

EL PRÓLOGO

MICER EGANO, rico mercader

BEATRIZ, su esposa

ANICHINO, su intendente

BRUNELA, dueña

Dos Criados

.....

(Sale entre cortinas el PRÓLOGO, criado de MÍCER BOCCACCIO, luciendo un amplio tabardo pícaro a cuadros multicolores, con heráldica de naipes y juglaría. Saluda a lo cortesano con profunda reverencia)

EL PRÓLOGO

Nobles mujeres de Florencia; damas altísimas y humildes menestrales; aturdidas doncellas y matronas prudentes; solteras llenas de sueños y casadas ya despiertas; a vosotras y solo a vosotras, que sois la sal de la tierra y el jardín de la vida, ¡salud!

Si algún sesudo varón se ha deslizado al descuido en este ilustre senado, a tiempo está de retirarse, que mi amo y señor, Mícer Boccaccio, sólo de las mujeres fía, sólo a las mujeres canta y solo a ellas dedica lo que ha escrito y lo que espera escribir mientras le quede vida.

Y hecha esta aclaración y este saludo, diré la embajada que mi dueño y señor me ha encomendado.

Recordaréis, dulces amigas mías —son las palabras de mi señor Boccaccio—, recordaréis que hace años, cuando la peste asolaba a nuestra querida Florencia, os hice una sagrada promesa. Era el día un martes por la mañana, y era el lugar la iglesia de Santa María la Nueva. Todo a nuestro alrededor era desolación y llanto. En vez de arpas y laúdes, solo se oía el doblar de las campanas y la letanía de las rogativas y procesiones públicas. En vez de galantes carrozas, atestaban nuestras calles interminables filas de angarillas con la sábana de los apestados o el crespón de los muertos. El esposo abandonaba cobardemente a la esposa; los padres huían de sus propios hijos, y los malhechores aprovechaban el sueño de las leyes para sembrar mayor espanto, saqueando las casas indefensas y despojando sacrílegamente a las víctimas.

¿Qué podía yo hacer por vosotras en tan funesta ocasión? Sólo una cosa: ofrecemos la risa el ingenio para combatir el mal; contaros las más divertidas historias que supiere o inventar las que no supiere, con tal de alejar de vosotras los negros pensamientos.

Tal fue la promesa que os hice aquel terrible martes en Santa María la Nueva, y que vengo cumpliendo sin descanso, hasta tal punto que la historia que os presento esta noche hace el número setenta y siete de las cien que pienso escribir si el aliento me alcanza y vuestra venia no me falta.

Pues bien, amigas mías: ¿podéis creer que tan gentil intento, lejos de valerme plácemes me ha valido las más acerbos críticas de esos enemigos del género humano que se llaman censores? ¡Y con qué aspavientos de gritos, silbidos y dentelladas! Poco les ha faltado para pregonar mi cabeza como corruptor de costumbres y enemigo de la República.

Confieso que todavía no he salido de mi asombro. Creía que la envidia es vendaval que solamente sopla contra cumbres altas; pero, al parecer también lo hace contra las más humildes colinas, puesto que ahora se ha desátalo contra mi pobre ingenio, lo cual en verdad no sé si lamentar o agradecer, pues siempre he oído decir que los escritores sin talento son los únicos que se libran de la crítica. Y ya que por vosotras se me condena, ante vosotras traigo mi defensa, como único tribunal legítimo.

De tres crímenes me acusan esos feroces mastines de la moral pública. Primero: de rebajar mi natural ingenio, desperdiçándolo en historietas galantes al servicio de una cosa tan ínfima y liviana como sois las mujeres. A esto contesto que, si la galantería es un pecado, yo me declaro, cien veces pecador. Si amaros sobre todas las cosas es un delito, yo me confieso alegremente el más feliz de los delincuentes. ¿Qué culpa tengo yo si todo en vosotras lo encuentro hermoso? ¡Si hasta vuestros pecados, solo por ser vuestros, no me parecen más que un travieso adorno de vuestras virtudes! Discretos eran los antiguos, y al representar en las Musas toda la belleza y la sabiduría del mundo, a todas nueve dieron forma de mujer. Y a fin de cuentas, si las mujeres son tan faltas de seso y peso como dicen mis censores, déjenme a mí tan deliciosa carga, y allá ellos con todo el peso de los hombres.

Es el segundo crimen -según los dichos censores- que no sienta bien a la dignidad de mis canas entretenerme en bagatelas amorosas, más propias de aturridos mozalbetes y ociosos libertinos que de hombres sabios y maduros. A esto respondo que para el amor hay edades buenas y menos buenas, pero ninguna mala. Básteles el ejemplo de ilustres varones que honraron nuestra ciudad, como Guido Cavalcanti y el divino Dante Alighieri, los cuales vivieron vida más larga que la mía sin avergonzarse de emplearla entera en esta gaya ciencia del amor. En cuanto a la muchedumbre de mis años, quizá sea su única generosidad la de añadirme algunos, que en esto no son tacaños. Pero no se dejen engañar por el color de mis cabellos, porque acaso yo sea como el puerro, que por blanca que tenga la cabeza siempre conserva verde la cola. Piensen que es torpeza insigne juzgar por la cabeza lo que se escribe con el corazón. Y en cuanto a este, lo único que siento es tener uno solo, que si cien tuviera cien os ofrecería, dulces señoras mías.

Acúsanme finalmente de libertades de lenguaje, reprochándome el servir demasiado crudo lo que otros suelen servir bien adobado; de mostrar al desnudo las costumbres de mi tiempo en vez de cubrirlas con un piadoso velo, y de obedecer a ciegas las leyes de la naturaleza en lugar de adoptar los disfraces de la buena educación. Manía es esta de hipócritas timoratos, que tienen más miedo a las palabras que a las cosas. Ninguna palabra es mala por sí misma, y más a menudo está la malicia en los oídos del que escucha que en los labios del que cuenta. Respecto a las costumbres, yo no las inventé; no hago más que reflejarlas como un espejo fiel. Si ellas son licenciosas, ocúpense mis censores de reformarlas en lugar de tirar piedras al espejo.

Y en cuanto a la supremacía de la naturaleza o de la educación, nada pienso contestar por mi cuenta. Me bastará recordar una vieja historia florentina titulada *Las ocas del hermano Filippo*. Y esta, señoras mías, os la doy de barato, sin ponerla en la cuenta de las cien prometida. Dice así el cuento:

«Érase en otro tiempo, en nuestra buena Florencia, un ciudadano llamado Filippo Balducci, el cual se quedó viudo al nacer su único hijo. Desengañado de eso que llaman «vanidades del mundo», resolvió retirarse a una cueva en el monte Asinaio y educar allí a su hijo, lejos de apetito carnal, criándolo en una santa ignorancia tierra como camino más corto para alcanzar el cielo. Creció, pues, el joven Filippo en la oscuridad de su caverna sin conocer placer ni tentación y, por supuesto sin haber visto jamás una mujer ni haber oído siquiera esa palabra.

Cuando el inocente salvaje cumplió dieciocho años quiso el buen padre probar los frutos de tan bizarra educación y trájolo consigo a Florencia a pedir limosna para su ermita. Miraba pasmado el mozo la belleza del mundo se le presentaba por primera vez, y todas sus preguntas dormidas se despertaban de pronto:

—¿Qué fiera es tan gallarda, padre?

Es un caballo, hijo mío.

—¿Qué es aquel camino que se arrastra, padre?

—Es un río, hijo mío.

—¿Y aquello que relumbra, padre?

—Un palacio, hijo mío.

Llegaban así a las puertas de la ciudad, cuando vieron un tropel de hermosas mujeres que venían de una boda cantando riendo alegremente. No hizo más que verlas el joven Filipo y se quedó pálido de repente.

— ¿Qué es eso que se nos viene encima, padre?

—Aparta, hijo; son unos animales peligrosos.

—¿Cómo se llaman esos lindos animales, padre?

—No recuerdo bien; creo que se llaman... ocas. Pero camina y no vuelvas la cabeza, hijo. ¡Mira cómo se encabrita aquel caballo! ¡Mira cómo relumbra aquel palacio!

—¡Al demonio palacios y caballos! ¡Yo quiero una oca, padre! ¡Yo quiero una oca!

Los que piensen que la educación es más fuerte que la naturaleza, que le pregunten al hermano Filipo.

Y basta de preámbulos, que va ya siendo demasiado larga la disculpa para una culpa tan corta.

Esta noche voy a presentaros mi último cuento, el cual, para no escandalizar a mis censores con palabras malsonantes, he titulado simplemente: *Cornudo, apaleado y contento*.

Si los imprudentes varones que han penetrado en este recinto lo han pensado mejor, aún están a tiempo de retirarse. Mis palabras, repito, van dedicadas solamente a nosotras, benditas mujeres, gloria de Florencia y alegría del mundo. A vosotras, ¡ocas despertadores de este eterno Fílipos que es el corazón del hombre! (*Retírase el PRÓLOGO.*)

ESCENA PRIMERA

Cámara en casa de MÍCER EGANO. Al fondo, balcón ojival con yedras azules. A un lado, el lecho con baldaquino; al otro, la puerta. Un arcón y mesa volante con tablero de ajedrez. De noche.

(BRUNELA, *arrodillada, termina de calzar botas y espuelas a MÍCER EGANO. BEATRIZ descuelga capa y espada.*)

EGANO

Ciñe firme, Brunela. Son catorce leguas y he de galopar todo el camino.

BEATRIZ

¿Puede saberse, marido, a qué se debe este atropellado viaje?

EGANO

Simples negocios, mujer; ya te dije.

BEATRIZ

¿Así tan de repente, en plena noche y con tanto misterio?

EGANO

En ciertos negocios, tan importante como la diligencia es el secreto. ¿Por qué preguntas con tanta insistencia?

BEATRIZ

Porque es muy sospechoso todo esto. Esta mañana nada sabías de ese dichoso viaje; por la tarde, aún hablabas de una posible cacería. Y de repente: «¡Botas y espuelas; que ensillen mi mejor caballo; tengo que estar en la Hostería del Gallo al amanecer!» (*Celosa.*) ¿No me ocultas nada, marido?

EGANO

¿Te he ocultado algo alguna vez?

BEATRIZ

¿Y por qué no había de ser esta la primera vez? ¿Quién me asegura que ese negocio tan secreto no tiene los ojos negros y que en la Hostería del Gallo no hay tapada alguna gallina?

EGANO

(La acaricia satisfecho.) ¿Celosa? Gracias, querida; dicen que los celos son prenda de buen amor.

BEATRIZ

En tal caso, mal puedo pensar de ti, que nunca los has sentido.

EGANO

Sería injuriar a la mujer que toda Bolonia pregona como la más virtuosa y fiel de las esposas. Pero ya que has sospechado de mí, voy a satisfacer tu curiosidad.

(Llaman a la puerta. Voz de ANICHINO.)

VOZ

¡Señor!

EGANO

Adelante.

(Entra ANICHINO. Dos criados que le preceden con faroles o candelabros, quedan en el umbral.)

ANICHINO

El caballo está ensillado. No tenéis tiempo que perder.

EGANO

Aguarda un momento. (A BEATRIZ.) ¿Te merece fe la palabra de nuestro intendente?

BEATRIZ

Completa. Nunca he oído una mentira de sus labios.

EGANO

Pues bien, mi fiel Anichino: dile a tu señora cuál es el motivo de este repentino viaje.

ANICHINO

Mícer Egano debe llegar a la Hostería del Gallo antes que se pongan en camino unos mercaderes que duermen allí esta noche, conduciendo una partida de especias y tapices de oriente. Es importante que mi señor compre esa partida mañana al amanecer.

BEATRIZ

¿No podía hacerlo más reposadamente cuando esos mercaderes lleguen a Bolonia?

ANICHINO

Sería demasiado tarde. Hemos tenido noticias fidedignas de que la flota veneciana que venía con cargamento de Catay ha sido apresada por los turcos. Cuando esto se sepa en el mercado, el valor de esas subirá como la espuma, y mi señor puede vender por la noche en veinte mil escudos lo que haya comprado en diez mil por la mañana.

BEATRIZ

Entonces, ¿es lo que se llama un robo?

ANICHINO

Es lo que se llama un negocio. Y bien mirado, hasta un acto de patriotismo, ya que será la ocasión de demostrar una vez más que la espiritual y doctísima Bolonia no tiene nada que envidiar a la mercantil y serenísima Venecia.

EGANO

¡Bravo, Anichino! Eres tan prodigiosamente inteligente, que siempre dices lo que yo estoy, pensando.

ANICHINO

Gracias, señor. Abajo espero; será un honor para mí tener el estribo, como criado, al hombre al que debo cuanto soy. *(Saluda respetuosamente a BEATRIZ y sale.)*

EGANO

¿Estás ya satisfecha?

BEATRIZ

Mi curiosidad, sí, pero no mi gusto. Si te parece que la soledad es bastante compañía...

EGANO

¿Qué quieres decir?

BEATRIZ

No sé... ¡son tan tibios estos primeros días de primavera! ¡Huele tan hondo el aire al rozar las yedras ¡azules del balcón!

EGANO

Déjate de niñerías. Diez mil ducados bien valen una noche.

BEATRIZ

Tal vez. Las esposas y los maridos no solemos tener la misma idea del valor de una noche. *(Le tiende la capa.)* Feliz viaje, querido.

EGANO

Adiós, Beatriz. Y no tengas miedo en mi ausencia; Anichino velará por ti y por mi casa como si fuera yo mismo. Vamos, muchachos.

BRUNELA

Que San Cristobalón, patrón de caminantes, le acompañe *(Sale EGANO seguido por los criados. BEATRIZ se despereza discretamente y aligera sus ropas)* ¿Vais a acostaros ya? ¿Quieres que os caliente las sábanas con un brasero?

BEATRIZ

¿Para qué? Hace una noche deliciosa

BRUNELA

No importa. Una cama sin marido es siempre una cama fría.

BEATRIZ

Muy segura lo dices.

BRUNELA

Soy tres veces viuda

BEATRIZ

No es el frío lo que puede desvelarme. El miedo, sí.

BRUNELA

Cerraré el balcón. Mi madre decía que los enamorados y el miedo siempre entran por los balcones

BEATRIZ

¿Era miedosa, tu madre?

BRUNELA

Tenía experiencia. *(Cierra.)* ¿Os ayudo a desnudaros?

BEATRIZ

Todavía es temprano. *(BRUNELA bosteza)* ¿Tanto sueño tienes?

BRUNELA

No sé lo que me pasa esta noche; un sopor como en invierno cuando se bebe el vino caliente.

BEATRIZ

Ojalá pudiera yo decir lo mismo. Pero siento que no voy a poder dormir; desde que me casé es la primera noche que me encuentro sola.

BRUNELA

¿Queréis algún libro edificante para divertir los pensamientos? Tengo en mi cuarto una vida de Santa María Magdalena

BEATRIZ

Historias de santos, no; suelen traer muy malos ejemplos. Mejor irá con mi ánimo un poco de música. *(Toma el laúd. Canta una melodía lánguida. ANICHINO desde la puerta, escucha el final.)* ¡Oh!, ¿estabais escuchando?

ANICHINO

Hasta donde es posible escuchar cuando se os mira.

BEATRIZ

Gracias. ¿Es todo lo que teníais que decirme?

ANICHINO

Mi señor ha partido y la servidumbre se ha retirado a descansar. ¿Tenéis alguna orden para mí?

BEATRIZ

Nada. ¿Habéis cerrado bien todas las puertas?

ANICHINO

Con doble llave. Si algo os da miedo durante la noche, llamadme sin reparo, que yo no dormiré velando vuestro sueño.

BEATRIZ

Siempre gentil

ANICHINO

Soy vuestro criado.

BEATRIZ

Ya no; más que como intendente os precio como consejero. Si algo queréis hacer por mí amigablemente, acompañadme al ajedrez. El tablero está esperando.

ANICHINO

No podíais ofrecerme algo más de mi gusto

BEATRIZ

Pero ha de ser con una condición: que me trates como a un rival digno de vos.

ANICHINO

Comprendo.

BEATRIZ

¿Creéis que no lo he notado? Cuando jugáis *con un caballero*, no perdéis nunca; cuando jugáis conmigo siempre me dejáis ganar. Y no quisiera tener por gentileza lo que se ha de conquistar en buena ley.

ANICHINO

Aceptado el desafío. ¿En guardia?

BEATRIZ

En guardia (*Mueven*) vuestro peón de dama es la primera víctima.

ANICHINO

No podía morir de mejor muerte.

BEATRIZ

(*Viendo que la mira fijamente y suspira*) Pero, ¿adónde miráis, ANICHINO? ¿Acaso está en mis ojos el tablero?

ANICHINO

Perdón (*Mueve*)

BEATRIZ

Si no ponéis más atención, no os auguro nada bueno. Nuevo peón perdido.

BRUNELA

(*Bosteza*) ¿Tiene muchos peones en este juego?

BEATRIZ

Para tu sueño, demasiados. Puedes retirarte, BRUNELA

BRUNELA

Gracias, señora. Buenas noches, señor intendente. (*Sale pesadamente y cierra la puerta*)

BEATRIZ

Vuestro caballo del rey está en peligro.

ANICHINO

Retrocedo.

BEATRIZ

Pero ¿dónde estáis esta noche? Las blancas son las mías.

ANICHINO

Entonces no hay salvación. (*La mira y suspira nuevamente.*)

BEATRIZ

¿Otro suspiro? Tanto os duele perder un caballo?

ANICHINO

Penas más hondas son las que me tienen sin sosiego. Pienso en un pobre amigo mío que esta misma noche y a esta misma hora, ante una mesa como esta se está jugando su corazón y su vida.

BEATRIZ

Extraña relación. ¿Es un acertijo?

ANICHINO

Es una historia de amor.

BEATRIZ

Magnífico; me encantan las historias. ¿Queréis contármela?

ANICHINO

Es una historia triste.

BEATRIZ

Mejor; me encantan las historias tristes; sobre todo si terminan bien.

ANICHINO

Esta no ha terminado todavía

BEATRIZ

Entonces hay esperanzas. Jaque a la dama y ya escucho.

ANICHINO

(Suspira largamente.) La cosa comenzó en Francia hace tres años, junto al fuego de una chimenea. Mi amigo, descendiente de una noble familia florentina, vivía alegremente en París su vida de estudiante, sin sospechar siquiera qué sabor tiene una lágrima de amor. Hasta que una noche, cenando con unos caballeros que volvían de Jerusalén, oyó hablar por primera vez de prodigiosa desconocida que había de trastornar su entera. Jaque al rey.

BEATRIZ

(Aparta el tablero.) ¿Qué importa el rey ahora? Prefiero París y las desconocidas prodigiosas y los caballeros de Jerusalén. Seguid.

ANICHINO

Contaban aquellos peregrinos las maravillas que habían visto sus largos viajes. Hablaban unos de la rubia Inglaterra, otros de la luminosa España, otros de la alegre Italia. Por fin todos quedaron de acuerdo en una cosa: la mejor tierra del mundo era Italia, lo mejor de Italia era Bolonia y lo mejor de Bolonia, una mujer de tal belleza y donaire que merecía por sí sola la más larga y penosa de las peregrinaciones.

BEATRIZ

¿Tanto?

ANICHINO

Eso afirmaban a una voz los viajeros. Y sus palabras impresionaron de tal modo el corazón de mi amigo que desde aquel momento ya no supo vivir para otra cosa. Despierto, pensaba en ella; dormido, la soñaba. Finalmente, abandonó su casa, tomó un caballo y emprendió el camino de Italia, en busca de la dama de sus sueños. Desde París a Bolonia hay catorce jornadas yendo al trote.

BEATRIZ

Por favor, hacedlas al galope, que ya estoy en ascuas por saber el final.

ANICHINO

El final fue que llegó a Bolonia, que la buscó inútilmente días y días, asistiendo a todas las fiestas, visitando todas las iglesias, devorando con los ojos todas las ventanas. Hasta que una tarde la encontró por fin asomada a su balcón de yedras azules.

BEATRIZ

Loado sea el cielo! ¿Y era realmente tan hermosa como su fama?

ANICHINO

Más. Si alguna vez el agua del mar se ha hecho ojos y la lluvia con el sol se ha hecho cabellos, fue el día que nació esa mujer. *(Suspira.)* Desdichadamente, estaba casada con un rico mercader.

BEATRIZ

¡Esos maridos siempre inoportunos!

ANICHINO

No creáis por eso que el ardiente galán renunció a su empresa. Al contrario, cuanto más vigilada la fruta, más fuerte era la tentación. Pero ¿sabría la dama comprender tan loco amor? ¿No le esperaba el desdén y la ingratitud al final de su dura jornada?

BEATRIZ

¿Cómo pudo abrigar vuestro amigo tan tacaña sospecha? Duden los extranjeros de la generosidad de nuestros hombres, pero una buena boloñesa nunca deja morir de sed a un viajero si el agua está en sus manos.

ANICHINO

Esa era la esperanza de mi amigo. Y comprendiendo que el mejor camino para llegar al corazón de una casada es conquistar primero el corazón de su marido, se despojó de sus ropas de gentil hombre, se disfrazó de lacayo y se ofreció a su servicio como criado.

BEATRIZ

¿Un gentilhomme limpiando los establos? ¡Hermosa lección de amor!

ANICHINO

Era la única manera de penetrar en la casa y contemplar de cerca, día y noche, a la dama imposible. ¿Qué importaba la humillación de los establos si el premio era su sonrisa? ¿Qué mayor gozo que atalajar su caballo si al tenerle el estribo podía acariciar su chapín y sentir junto al rostro el revuelo de su falda? Tres años la sirvió así, adorándola en silencio y subiendo uno por uno los escalones de la servidumbre, hasta ganar su confianza y ser nombrado su intendente.

BEATRIZ

¿Intendente habéis dicho? ¿Y un esposa mercader?... ¿y un balcón de yedras azules?... *(Se levanta repentinamente, derribando las piezas.)* ¡Santo cielo! ¿Qué emboscada es esta, señor Anichino?

ANICHINO

La historia de un enamorado sin juicio que os pide perdón de su locura.

BEATRIZ

¿Es decir, que vuestro famoso amigo sois mismo? ¿Y la prodigiosa desconocida?

ANICHINO

(De rodillas.) ¡Mi señora Beatriz de Galuzzi, gloria de Bolonia y corazón del mundo!

BEATRIZ

¿Y tenéis la insolencia de confesármelo en mi propia cámara? Si en tan poco tenéis mi honra, ¿no os da miedo la ira de mi esposo cuando lo sepa, que será inmediatamente?

ANICHINO

Por pronto que sea, no será antes mañana. Y una noche vuestra bien vale una vida.

BEATRIZ

¿No pensáis que puedo llamar a mis criados y mandaros azotar?

ANICHINO

Vuestros criados están todos profundamente dormidos.

BEATRIZ

(Tranquilizada) Menos mal. ¿Estáis seguro?

ANICHINO

Yo mismo me anticipé a ayudarlos poniendo ciertos polvos en su vino.

BEATRIZ

¿Bebedizos también? ¡Admirable previsión! ¿Y este era el amigo en quien mi esposo había toda su fe? ¿El hombre de cuyos labios no había salido jamás una mentira? (*Alza los brazos desesperada*) ¡Ah, pobres mujeres desprevenidas! Hasta juraría que ese endiablado viaje ha sido otra fábula vuestra para tener libre el campo.

ANICHINO

¿Qué otro recurso me quedaba, si no se aparta nunca de vuestro lado?

BEATRIZ

¿De modo que también son mentira los diez escudos y los mercaderes de especias...?

ANICHINO

Y los bajeles turcos, y si fuera preciso ¡hasta la Serenísima República de Venecia! La única verdad es esta desatinada pasión dispuesta a todo. Os he ofrecido mi vida. Si con ello os ofendo, dadme vos la muerte, que solo por venir de esas manos será bien recibida.

BEATRIZ

(*Solloza en un diván.*) ¡Pobre de mí, desamparada y sola! ¿Qué puede hacer una débil mujer contra semejante libertino?

ANICHINO

Eso no. Soy caballero, y no temáis que tome por la fuerza lo que solo de vuestra voluntad espero.

BEATRIZ

Más que de vuestra fuerza tengo miedo de mi generosidad y mi ternura, que las dos se juntan contra mí para perderme. ¿No comprendéis, enemigo de mi sosiego, que también yo me sentí turbada a vuestro lado desde el primer día? ¿Que también yo temblaba al sentir vuestra mano en mi chapín y vuestra mejilla en el revuelo de mi falda?

ANICHINO

¿He oído bien? ¿No es un sueño de mis oídos?

BEATRIZ

En vano pretendían ocultar tus labios lo que tus ojos denunciaban a gritos. Desde el primer día te adiviné noble y amante bajo tu disfraz. Presentía que tarde o temprano habíamos de llegar a esto. Lo esperaba temiéndolo... Y ahora ya está aquí. ¡Ay desdichada de mí! ¡Ay momento fatal!

ANICHINO

(*Acudiendo a consolarla.*) ¡El más hermoso de tu vida y la mía! ¿Por qué lloras, mi bien?

BEATRIZ

Es mi deber. Llora por mi honra ya perdida. Y llora sobre todo por mi pobre esposo, que todavía esta tarde era un caballero sin tacha, y mañana será un cornudo convicto y confeso sin que yo pueda hacer nada para remediarlo.

ANICHINO

¡Benditos los labios que han pronunciado tan discretas palabras! Mi dulce sueño.

BEATRIZ

¿Amor mío! (*Se besan largamente. Suena un aldabonazo abajo. Sobresalto.*)

ANICHINO

¿A estas horas?

BEATRIZ

¡Cielos! ¡Estamos perdidos!

ANICHINO

No temas. Será algún caminante extraviado.

BEATRIZ

Jamás. Yo he leído que cuando dos amantes se besan y suena un aldabonazo, siempre es el marido *(Corre al balcón.)* ¿No lo dije? ¡Él es! Ya está abriendo la puerta con su llave maestra. *(Deteniendo a ANICHINO que corre a la puerta.)* Por la escalera, ¡no! ¿Qué pensara si te encuentra saliendo a esta hora de mis habitaciones?

ANICHINO

Por el balcón.

BEATRIZ

Tampoco; hay luna y pueden verte. ¿Quieres colgar mi honra al viento como una sábana de escándalo? *(Abre el arcón.)* Aquí.

VOZ DE EGANO

(Acercándose.) ¡Beatriz! ... ¡Beatriz!...

BEATRIZ

¡Pronto, ya sube! ¡Silencio! *(Se besan rápidamente y ANICHINO se esconde en el arcón. Entra EGANO molido y quejumbroso. BEATRIZ corre a su encuentro con solícito aspaviento.)* ¡Dulce esposo mío! ¿Vienes herido? ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

EGANO

Nada grave, querida. Calma, calma. *(Se desciñe la espada y se sienta dolorido.)*

BEATRIZ

Pero esa palidez.... esas ropas destrozadas, ¿Te han asaltado ladrones?

EGANO

Peor. Imagínate que algún desalmado ha prendido fuego al bosque; una ráfaga de chispas me cegó el caballo y lo hizo desbocarse, derribándome por tierra y arrastrándome un buen trecho colgado del estribo. ¡Ay mis costillas molidas!

BEATRIZ

¿No te habrás roto nada importante?

EGANO

Según a lo que tú llares importante. ¿Te parecen poco mis costillas?

BEATRIZ

Si no es más que eso, yo te daré unas friegas de ruda, que son mano de santo para verdugones.

EGANO

¿Y mi caballo ciego? ¿Y el negocio perdido? ¡Ay mi pobre espinazo! ¡Maldita noche y maldito viaje!

BEATRIZ

No maldigas, marido. Pensándolo bien deberías dar gracias a Dios, que te ha devuelto a tu en el momento justo. *(Iluminada.)* Ahora lo veo claro: el incendio del bosque..., el caballo desbocado... ¡Qué extraños caminos elige la Providencia para salvarnos! ¡Gracias, señor, gracias!

EGANO

Eso faltaba. ¿Es una bendición del cielo que haya perdido diez mil escudos y me haya roto el bautismo?

BEATRIZ

¡Un verdadero milagro! ¿No comprendes, incrédulo, que esa ráfaga de fuego era la mano de Dios avisándote que hacías falta aquí para defender tu honra?

(ANICHINO levanta la tapa del arcón y escucha pasmado.)

EGANO

¿Qué tiene que ver mi honra en todo esto?

BEATRIZ

Más de lo que imaginas, y ahora vas a verlo. Respóndeme serenamente: ¿cuál de tus criados te parece honrado y fiel?

EGANO

Linda pregunta. De sobra sabes que mi favorito es el mismo que el tuyo: Anichino.

BEATRIZ

¿Estás seguro de que merece esa confianza que hemos puesto en él?

EGANO

Me dejaría cortar la mano. Anichino no es solo mi intendente; es mi mejor amigo, mi hermano. Si algún día no pudiera yo regir mi casa, a ningún otro elegiría para ocupar mi puesto.

BEATRIZ

Pero ¿qué puesto, desdichado? ¡Hay puestos en que un marido no puede nombrar sucesor!

EGANO

Sin adivinanzas, Beatriz. ¿Qué pretendes insinuar?

BEATRIZ

Eso mismo que estás sospechando. Que tu intendente, tu amigo y hermano, es un miserable impostor: el más redomado pícaro del mundo, y el peor enemigo de la tranquilidad de tu frente (ANICHINO se santigua lívido y se oculta)

EGANO

¡Mientes!

BEATRIZ

¡Tengo pruebas! esta noche, y aquí mismo, aprovechando tu ausencia, ha tenido la audacia de proponerme tales cosas que no hay labios de mujer capaces de repetir las.

EGANO

Imposible. ¿No habrá exagerado tu honestidad unas simples lisonjas de galantería?

BEATRIZ

¿Galanterías dices? ¡Declaraciones ardientes! ¡Arrebatos impúdicos!, ¡Proposiciones tan licenciosas que harían enrojecer a un cardenal florentino (*Solloza.*)

EGANO

(*Furioso.*) ¡Basta! Vive Dios que si eso es cierto no verá la luz del sol.

BEATRIZ

(*Fingiéndose dirigirse a EGANO, pero tranquilizando con el gesto a ANICHINO, que vuelve a asomar suplicante.*)

¡Calma, querido mío, mi único amor! Comprendo que es terrible tener que decir esto, pero te juro que lo hago por tu bien y para tranquilidad de los dos.

EGANO

¡Pronto mi espada! (*La desnuda*) ¿Dónde está ese infame?
(ANICHINO *cierra de golpe*)

BEATRIZ

No es la espada el arma que necesitas ahora sino la astucia. Ponte este vestido mío.

EGANO

¿Yo? ¿Te parece esta ocasión para disfraces?

BEATRIZ

En seguida lo comprenderás. Escucha. Anichino estaba tan fuera de sí que temí cualquier locura si le rechazaba. Entonces fingí ceder a sus deseos prometiéndole bajar luego a encontrarme con él en el jardín. Ya comprenderás que era solo un ardid para alejarle. Pues bien, ahí tienes la ocasión: acude tú a la cita vestido con mis ropas; así podrás escuchar la infamia de sus propios labios y no te quedará la duda de haber matado a un inocente.

EGANO

Excelente idea. ¡Oh inventiva sutil de las mujeres! Venga ese vestido. (*Se lo pone, urgente y torpe ayudado por ella.*) ¿Dónde es la cita?

BEATRIZ

En mi jardín privado; por el postigo del seto. Toma la llave.

EGANO

¿A qué hora?

BEATRIZ

A medianoche, al sonar las doce en Santo Domingo. ¡No hay tiempo que perder!

EGANO

¿Habéis convenido alguna señal?

BEATRIZ

Él imitará tres veces el cuco; tú agitarás tres veces este pañizuelo, y contestarás con el silbido del sapo.

EGANO

Podíais haberlo hecho menos complicado.

BEATRIZ

No tendría ese sabor furtivo.

EGANO

(*Termina de vestirse.*) ¿Estoy bien así? ¿No se notará el engaño?

BEATRIZ

Cuida sobre todo los pies y las manos; es lo más bruto que tenéis los hombres. Camina menudito, así. Agita el pañuelo con donaire.... así. Y no hables, una palabra: silba. La sombra del jardín te ayudará. (*Retrocede contemplándole.*)) Dios mío... ¿y esa cabeza?

EGANO

¿Qué tengo?

BEATRIZ

Nada todavía. Pero esos cabellos tan cortos...

EGANO

Me cubriré con una toca. ¿No hay una en este arcón? *(Va resueltamente a abrirlo. Ella lanza un grito de espanto. EGANO se vuelve petrificado. ANICHINO aprovecha el momento para sacar rápidamente la toca, volviendo a ocultarse.)* ¿Qué ha sido ese grito?

BEATRIZ

Nada, querido; es el espanto de lo que va a ocurrir por mi culpa. Aquí está la toca.

EGANO

(Solemne.) Ahora reza y espera. Tú has sabido cumplir como una buena esposa. ¡Yo sabré cumplir como marido! *(Sale gallardamente poniéndose la toca. BEATRIZ cierra la puerta con llave. ANICHINO salta del arcón aterrado.)*

ANICHINO

¿Qué has hecho, insensata? ¡Todo lo has echado a rodar con tu imprudencia!

BEATRIZ

Al contrario. ¿No lo has comprendido aún? Precisamente ahora que vamos a engañarle es cuando necesitamos que tenga más fe en nosotros.

ANICHINO

¿Y para eso empiezas denunciándome? ¡Que el diablo me lleve si lo entiendo!

BEATRIZ

No me extraña; el amor tiene esta rara virtud de cegar a los hombres y abrir los ojos a las mujeres. *(Toma un apagavelas y comienza tranquilamente a matar luces.)*

ANICHINO

Tengo que huir inmediatamente.

BEATRIZ

Imposible; la puerta está cerrada con llave.

ANICHINO

¿Y si vuelve y nos sorprende juntos?

BEATRIZ

No se moverá de su puesto hasta las doce. Si no he calculado mal, falta media hora larga.

ANICHINO

Pero ¿adónde piensas llegar con tu farsa? ¿Qué va a pasar esta noche en el jardín?

BEATRIZ

Lo que haya de ocurrir allí ya lo sabrás después. Entretanto, por favor, sopla ese candelabro

ANICHINO

¿Para qué?

BEATRIZ

El pudor, querido.... ¡el pudor!
(ANICHINO la abraza y sopla fuerte. Se apagan todas las luces. Música)

Telón

ESCENA II

Jardín con seto de arrayán en que se abre un disimulado cancel. A un lado, pabellón de acceso a la casa.
(*En la penumbra lunada pasea inquieto EGANO, vestido de mujer. Se oye en el pabellón la voz de BEATRIZ llamando como un susurro*)

VOZ DE BEATRIZ

Amor mío... ¿estás ahí, amor mío? (EGANO *se cubre rápido el rostro con su chal adopta una actitud femenina y contesta con el pañuelo. Sale BEATRIZ*)

BEATRIZ

¡Oh perdona! Los mil rumores de la noche y esta extraña aventura me tienen trastornado el sentido.

EGANO

Y la mía propia. Hace un momento se me escapó un suspiro y me volví espantado creyendo que suspiraba otro. Veo pupilas que me acechan, y sólo son luciérnagas . Oigo susurros que me llaman, y es el vuelo de los murciélagos. ¿Falta mucho todavía?

BEATRIZ

Están al caer las doce.

EGANO

¡Cómo alarga el tiempo la impaciencia! Parece que llevo un siglo esperando

BEATRIZ

En cambio, a mí me ha parecido apenas minuto.

EGANO

¡Allá!... (*Escucha. Voz baja,*) ¿oyes algo arrastrándose?

BEATRIZ

Es el rumor del río.

EGANO

¿Y esos dedos arañando el postigo?

BEATRIZ

Es la chicharra en el árbol
(EGANO *respira aliviado. De pronto vuelve a escuchar.*)

EGANO

¿Y ahora? ¿No oyes una cosa..., una cosa así...que no se oye?

BEATRIZ

Sí.

EGANO

¿Qué es?

EGANO

Nunca lo imaginé tan inquietante. ¿Sabes lo que estoy pensando?

BEATRIZ

Sé lo que estás deseando: que no venga,

EGANO

Ciertamente. ¿No se habrá avergonzado de su propia infamia y se habrá arrepentido?

BEATRIZ

No lo esperes. En cuestiones de amor muchos se arrepienten después; pero antes, ninguno. *(Comienza a oírse las doce en una torre lejana.)* La medianoche en Santo Domingo. ¡Ha llegado el momento

EGANO

Ocúltate. Desde ahí puedes escucharlo todo sin ser vista.

BEATRIZ

Valor, esposo mío.

EGANO

¡Un momento! ¿Cómo canta el cuco?

BEATRIZ

Como un primer día de primavera.

EGANO

¡Gentil información! Y el sapo, ¿cómo silba?

BEATRIZ

Como el "la" de una flauta. Así.

(Silbido. BEATRIZ se retira del pabellón. EGANO se cubre nuevamente el rostro y vuelve al centro de la escena. Ligera pausa tras la última campanada. Se oye tres veces el canto del cuco. EGANO agita su pañuelo y contesta con tres roncós silbidos.)

VOZ DE ANICHINO

Beatriz... Beatriz... *(Un silbido contestando.)* ¿Eres tú, mi dulce alondra? *(Dos silbidos.)* .Traes en tu seno la llave de plata que ha de abrir este desde muro? *(EGANO la muestra en alto y silba afirmado.)* Abre, querida; mis ojos y mis labios tienen hambre de ti. *(EGANO abre se retira pudoroso escondiendo el rostro. Entra ANICHINO)*

ANICHINO

¡Por fin! había llegado a temer que tu promesa no fuera más que un sueño de mi propia fiebre. Pero no, aquí estás iluminando mi noche. Ya presiento bajo el pudor de ese chal la súplica temblorosa de tus ojos. ¿Por qué ese recelo de corza sorprendida? ¿No estás dispuesta a todo? *(Silbido afirmativo)* Júrame que nada te detendrá; ni el miedo al peligro, ni la paz de tu casa, ni la fe que debes a tu esposo. ¿Me los juras? *(Silbido. ANICHINO cambia repentinamente el tono y enarbolando un garrote que trae escondido)* ¡Ah miserable! ¿Luego eran ciertas mis sospechas? ¡Infame Adúltera! ¡Despreciable Mesalina *(Golpea a EGANO, que trata de huir.)* ¿No has comprendido, insensata, que mi falsa declaración era solo un ardid, para poner a prueba tu virtud? ¿Me creías capaz de traicionar, como lo haces tú, al hombre al que debo honra y fortuna? ¡Toma, pérfida mujerzuela! ¡Pecadora impía!

(EGANO sofocando gritos, trata de huir y cae enredado en sus faldas.)

EGANO

¡Piedad! ¡Misericordia!

ANICHINO

No temas, cobarde, que te denuncie a tu esposo. No lo haré por ahorrarle esta vergüenza, pero no ha de quedar sin castigo tu traición. *(Redobla los garrotazos.)* ¡Libidinosa perjura! ¡Inverecunda vulpeja!

EGANO

¡Socorro! ¡Beatriz! ¡Beatriz!

BEATRIZ

Beatriz *(Se adelanta alzando los brazos.)* ¡Basta, Anichino, por amor de Dios!

ANICHINO

(*Fingiendo pasmo.*) ¿Qué ven mis ojos? ; ¿Otra Beatriz? Pero entonces, ¿quién es esta desdichada?

EGANO

¿Tan ciego estás que no reconoces a tu señor?

ANICHINO

¡Cielos! ¡Mícer Egano! ¿Estoy soñando o es arte de brujería?

EGANO

(*Se levanta quejumbroso arrancándose toca y chal.*) Tal me has dejado, hijo mío, que ni yo mismo me reconocería. ¡Ay noche aciaga! ¡Atropellado por mi mejor, caballo y apaleado por mi mejor amigo!

ANICHINO

¿Y yo he ultrajado al hombre por el que daría mi alma y mi vida? (*Tira el garrote y cae de rodillas.*) ¡Cortad, señor, estas manos pecadoras que han escarnecido lo que más veneran!

BEATRIZ

Levantaos, amigo, que mi esposo ya lo sabe todo y no ha de negaros su perdón.

ANICHINO

¡De rodillas lo he de ganar, besando la tierra donde él pise!

EGANO

Así no; en mis brazos, hermano. (*Se abrazan.*) Lástima que un alma tan noble tenga unas manos tan duras

ANICHINO

Permitidme que os explique esta confusión.

EGANO

No hace falta, que va Beatriz me lo había contado todo, y creyéndose traidor, ella misma imaginó esta industria para sorprenderte *in fraganti*.

BEATRIZ

Perdonadme si os ofendí con mis sospechas.

ANICHINO

Yo soy el único culpable de este funesto enredo.

EGANO

Los tres lo fuimos un momento; tú por dudar de Beatriz y nosotros por dudar de ti. Afortunadamente todo está aclarado, y si hasta hoy has sido mi servidor, desde ahora serás mi compañero en todo.

ANICHINO

Gracias, señor. ¡Bendito el cielo que así transforma una infausta noche en la más hermosa de mi vida.

EGANO

Bendito mil veces, digo yo. ¿Qué importan mi caballo ciego y mis costillas santiguadas, si ahora puedo jurar con las manos en el fuego que mi amigo es el más fiel de los amigos y mi esposa la más fiel de las esposas?

BEATRIZ

Alegrémonos todos. Toma mi brazo, querido. Tomad vos el otro. ¡Es la primera vez que el amor hace felices a tres al mismo tiempo! (*Entran alegremente en la casa.*)

(Telón)

FABLILLA DEL SECRETO BIEN GUARDADO

PERSONAJES

Bruno
Juanelo
Leonela
Sandra
Asunta
Liseta

.....

Cocina de aldea. La tina para la colada, el hogar, el horno, un arcón de roble, un montón de sacos y, colgados en espigones de madera alforjas y atalajes. Es mediodía. Se oye el reloj de la iglesia dando las doce.

(JUANELO, *pálido y nervioso, aparece en la puerta; mira hacia atrás como temiendo que alguien le siga. Entra escondiendo bajo el brazo un envoltorio disimulado entre pámpanos. Llama tres veces en voz alta y espera conteniendo el aliento.*)

JUANELO:

¡Leonela!... ¡Leonela!... ¡Leonela!... *(Tranquilizado al sentirse solo, deja el envoltorio y corre a cerrar, puerta y, ventana. Después busca un lugar donde esconderlo. Lo hace primero en el arcón, no le parece seguro; vuelve a sacarlo y lo mete en el horno. Duda, lo saca nuevamente, mira en todas direcciones buscando otro escondite. Llamen a la puerta. JUANELLO, sobresaltado, corre a esconder su tesoro entre los sacos mientras responde. Las lentas campanadas de la iglesia han llenado la larga pausa. Llamen de nuevo más fuerte.)*
¡Voy! ...

VOZ DE BRUNO

¡Ah de la casa!

JUANELO

¡Voy...voy...! *(Abre. Entra BRUNO, viejo campesino. Colgados a un hombro la escopeta el zurrón de caza; al otro, una red)*

BRUNO

¡Novedad grande es esta! ¿Desde cuándo se cierra con llave la casa de un pobre?

JUANELO

Habrá sido Leonela al salir

BRUNO

¡Por San Fabricio que sería cosa de ver! ¿Tu mujer sale y deja la casa cerrada por dentro?

JUANELO

Se habrá corrido la llave.

BRUNO

¿Ella sola? ¿Y con dos vueltas?

JUANELO

Pues habré sido yo sin pensar.

BRUNO

¿Por qué? ¿Has cometido algún crimen? Porque miedo a los ladrones no será.

JUANELO

(*Impaciente.*) ¡Basta, padre! Si cerré o no cerré, que el demonio me lleve si me di cuenta. Y quede aquí la cosa. (Huye la mirada.) ¿De caza o de pesca?

BRUNO

Todo junto. Cuando yo tenía tu edad y salía con la escopeta, saltaba la trucha; cuando salía con la red, saltaba la liebre. Ahora ya soy perro viejo y juego a los dos paños para acertar...

JUANELO

¿Cayó algo?

BRUNO

Algos. En el brezal esta la liebre, que está pidiendo a gritos un arroz, y en el río esta trucha, que dará sus tres libras de escabeche. Con una buena hogaza y dos cuartillos por barba, mañana será otro día. (*Mostrando su liebre.*) ¿Qué me dices de este ejemplar? Ni la sobrina del cura es más rolliza.

JUANELO

(*Ajeno.*) No está mal.

BRUNO

Escaso andas de palabras. Y de color. ¿No te sientes bien?

JUANELO

No es nada..., el calor... ¿otro vaso?

BRUNO

¿Por qué dices otro si es el primero?

JUANELO

Creí. (*Sirve. La botella tintinea en el vaso.*) ¿Qué mira tan fijo?

BRUNO

El pulso

JUANELO

¿No está firme?

BRUNO

Si fueras sacristán, bueno para repicar. (*Bebe, dejando caer las palabras mientras lo observa.*) ¿No habías ido a la viña?

JUANELO

Fui.

BRUNO

Pronto volviste.

JUANELO

No hacía falta más.

BRUNO

(*Entrando de lleno al tono confidencial.*) ¿Y cuándo ocurrió la cosa, al ir o al volver?

JUANELO

Muy preguntador está hoy...padre.

BRUNO

Y tú muy poco contestador.

JUANELO

Será que tengo la cabeza en otra parte.

BRUNO

Será. *(Beben en silencio. JUANELO se sienta pensativo. El padre le da una palmada cariñosa y se sienta a su lado).*
Vamos, hijo, suéltalo de una vez. ¿Qué te ocurrió esta mañana?

JUANELO

¡Padre!

BRUNO

Por lo visto es grave.

JUANELO

Tanto, que desde esta mañana a las diez, no se si soy el hombre más feliz del mundo o si esta misma noche me voy a colgar de un árbol.

BRUNO

Dios te perdone el mal pensamiento. ¿Qué te ocurrió esta mañana?

JUANELO

Me levanté al rayar el alba, como siempre, me fui a cavar la viña. Serían las cinco...

BRUNO

Por tu alma, rapaz, ahórrame esas cinco horas. ¿Qué pasó a las diez?

JUANELO

Sonando estaban en el reloj de la iglesia cuando, de repente, siento que la azada tropieza en una cosa dura. ¿Una piedra? ¡Sí, sí, piedra!... Otro golpe, y veo una cosa que relumbra. ¿Un vidrio? ¡Sí, sí, vidrio?...Miro y remiro, me agacho, escarbo, toco, vuelvo a mirar...! ¡Dios de Dios! ¡Creí que me caía redondo allí mismo! ¡Que no puede ser, que si puede ser...! ¡Y era padre!... ¡era!

BRUNO

¿Era?

JUANELO

¡Era!

BRUNO

¿Qué era, maldito?

JUANELO

¡Un tesoro! ¡Un cofre lleno de alhajas y monedas de oro!

BRUNO

¡Bendito San Antón! ¿De modo que te cae una fortuna del cielo y piensas colgarte de un árbol?

JUANELO

En el primer momento, no. Solo me vi como me quisiera: una casa propia con barandales al río, la mesa grande con manteles y convidados, y un caballo con borlas encarnadas para la feria de San Gandolfo. Pero pronto se acabaron mis glorias empezaron las cavilaciones.

BRUNO

En eso no andas descaminado, que fortuna encontrada pide secreto; y dinero en casa pobre y amor en ojos mozos, pronto se dan a entender.

JUANELO

A eso iba yo. Si la cosa quedara entre nosotros, ahí me las den todas. Pero ¿qué va a ser de mí cuando lo sepa todo el mundo?

BRUNO

¿Y por qué tiene que saberlo el mundo? ¿Te vio alguien con el cofre?

JUANELO

Nadie.

BRUNO

¿Entonces...?

JUANELO

¿Soy yo acaso el único detrás de mi puerta? Demasiado conoce usted a mi mujer: ¡larga de lengua como la sombra de un pino por la tarde!. Saberlo ella y saberlo el pueblo entero, todo es uno y lo mismo.

BRUNO

Por esta vez callará. Dile que es cosa de vida o muerte.

JUANELO

Como si dijera misa. Secreto en su boca, agua en una cesta.

BRUNO

Ruégale de rodillas.

JUANELO

Se reirá de pie.

BRUNO

Cósele la boca.

JUANELO

Lo contará por señas.

BRUNO

¡Pégale!

JUANELO

¡Es más fuerte que yo!

BRUNO

Pues si no puedes con tu mujer, no hay más que una solución; la primera que debiste pensar. No se lo digas a ella tampoco.

JUANELO

¿Y las narices?

BRUNO

¿Qué narices?

JUANELO

¡Se lo huele desde lejos! Solo una vez la engañé en mi vida, con la panadera... ¡y no hice más que llegar a casa y por el olor me sacó la torta!

BRUNO

Entierra el cofre en el sótano.

JUANELO

Tiene ojos de zahorí.

BRUNO

¡Arráncale los ojos!

JUANELO

¡Tiene una vela en cada dedo!

BRUNO

¡Mátala de una vez!

JUANELO

¡Ésa es de las que vuelven! No hay salvación, padre: una soga y un árbol... una soga y un árbol...

BRUNO

Calma, hijo, calma. Pongámonos en lo peor: que tu mujer se entera y lo publica a los cuatro vientos. A fin de cuentas, ¿qué te puede pasar?

JUANELO

¿Y usted me lo pregunta? ¡Ay padre, y qué poco conoce el mundo, a pesar de sus años! Por lo pronto, como la viña solo es mía en arriendo, el dueño me pondrá pleito. Los vecinos, por si hay más cofres, me excavarán las tierras por la noche, arruinándome la cosecha. Los amigos me pedirán; los que me deben no me pagarán; los que me prestaron me reclamarán... Y entre tanto, el notario que levanta escritura; el escribano, que me llena la casa de tinta, vaciándomela de vino... ¿Terreno valorado?, más contribuciones. Palabra que se te escape, legajo nuevo...; exhorto que entra, jamón que sale... Y el pleito que no se acaba, y embargos para responder, y alguaciles vienen y testigos van...

BRUNO

No hay mal que cien años dure; ganarás el pleito!

JUANELO

¿Y con eso qué? Ahí están las partijas: la mitad para el dueño del terreno; el tercio para el Fisco; el quinto para el rey; el diezmo para el convento...quite gabelas y alcabalas y lo que sobre, si sobra, para ayuda de costas. ¡Eso si no ocurre lo peor!

BRUNO

Peor todavía.

JUANELO

Que entre todos encuentren pequeña la tajada y me acusen de ocultación. ¿Defraudación pública? Proceso criminal. ¿Qué confieso? Incautación. ¿Qué no confieso? Tormento. Ítem más: los peritos sentenciarán que el tesoro es de moros, judíos o paganos. ¡Excomunió! Suma y sigue: el defensor dirá que soy inocente, y cobrará; el fiscal dirá que soy culpable, y cobrará; el obispo cobrará sin decir nada... ¡Ay padre de mi alma, el dineral que me va costar este tesoro, si no me cuesta la honra y el pellejo!

BRUNO

¡Basta, cuerpo de Dios, basta de desatinos!

JUANELO

Le juro que es el Evangelio. ¿No oye pasos? ¿Quién va? (*Frenético.*) ¡No hay nadie en casa! ... nadie.... ¡nadie!...

BRUNO
¡Juanelo!

JUANELO
¡Yo no fui! ¡Yo no sé nada!...

BRUNO
¡Basta, repito! ¡Quieto! (*Lo sujeta, fuerte y le da una bofetada.* JUANELO *reacciona, calmándose*)... Perdona.
JUANELO
De nada padre...Gracias.

BRUNO
¿Sabes lo que te digo, hijo? Por tu bien, coge ahora mismo ese maldito cofre, vuelve a enterrarlo donde estaba. Y aquí paz y después gloria.

JUANELO
¿Renunciar yo, a mi tesoro? Primero me arrancarían la uña de la carne. Hay que pensar algo antes que llegue mi mujer. (*Se la oye cantar acercándose.*) ¡Y pronto, que ya está ahí!

BRUNO
Buena me has dejado la cabeza para pensar nada.

JUANELO
¡Una idea, padre! ¡Cien escudos de oro por una idea!

BRUNO
Allá tú y ella con vuestro negocio. A mí pocos años me quedan ya de ser pobre, y con mi liebre y mi trucha tengo bastante por hoy. (*Se dispone a salir.* JUANELO *repite como un obseso:*)

JUANELO
Una liebre, una trucha..., una trucha, una liebre... liebre-trucha....trucha-liebre....liebre-trucha... (*Lanza un grito de júbilo, le abraza y retoza como un corzo.*) ¡Gracias, padre! ¡Cuenta con los cien escudos!

BRUNO
¿Qué quieres decir?

JUANELO
Que estamos salvados. ¡Pronto! Ayúdeme a cambiarlas de sitio: la liebre en la red..., la trucha en el zurrón de caza... ¡Pronto!

BRUNO
¿Has perdido el juicio? Nunca lo tuve más claro. Ahora, déjeme solo con ella. ¡Y silencio, por Dios..., silencio!
(BRUNO *sale pasmado.* JUANELO *se santigua rápido y se sienta junto a la lumbre en actitud de profunda meditación.* Entra LEONELA *con un gran cesto de ropa que empieza a disponer seguidamente para la colada, sin reposar un momento. Movimiento y reniego son sus dos modos habituales de expresión.*)

LEONELA
¡Malos años marido! Siempre sentado, como San Alejo en la escalera. Bien dicen que el que nace redondo no muere cuadrado. Por el siglo de mi madre que si en vez de seguir mi gusto hubiera seguido sus consejos, no me vería ahora como me veo: lavando ropa ajena para remendar la propia. ¡Y qué ropa, Virgen santa! ¡Roña roñosa, tiña tiñosa, zarrapastrosa! Miren las sábanas del alcalde, con más ventanas que el ayuntamiento en un día de fiesta. Y las camisas de la boticaria, que bien podía ahorrar jubones de terciopelo para tapar mejor sus vergüenzas... las de su casa. ¡Las de su casa, sí! Por la sobrina lo digo. Que esta mañana le dio un desmayo en la fuente; ella dice que del vientre vacío, pero no me sorprendería lo contrario, que anda muy quebrada de color

desde que pasó la tropa por el pueblo, va para siete meses. Con otros dos, lo que sea sonará. ¡Vaya si sonará! ¡Tanto rendibú...! Tanto mírame-y-no-me-toques, y con la zurda... ¡Je, mosquita muerta! ¿Y estos andularios? ¿No parecen toca de viuda o balandrán de clérigo? Pues son los calzones blancos de Simoneto; que, después de todo, no sé por qué se queja tanto: si a la vaca se la partió un rayo, su mujer parió mellizos, y váyase lo uno por lo otro. De la Casa de las Siete Cuñadas no quise tomar faena, por si acaso, que andan con la viruela loca. ¡Loca tenía que ser para meterse en semejante infierno! ¡Cueva de escorpiones! A la mayor la mordió un perro ¿y quién dirás que se volvió rabioso? ¡El perro! ¡Eh, contigo hablo, marido! ¿Te has quedado mudo o tan poco soy que ya ni la palabra merezco?

JUANELO

(Solemne) No me turbes ahora. Cosas más altas tengo yo en qué pensar.

LEONELA

Pues piensa., hijo, piensa. Y, sobre todo, piensa sentado, que así nos luce el pelo. Asunta, la de la fragua, que fue criada en casa de mi madre, con mantilla de blonda: Sandra, la del mesón, que empezó fregando platos, comprándose un olivar, ¡y yo que nací señora, lavando para las dos! ¡Vivir para ver! Pero ¿de qué me quejo si yo misma me lo busqué? Cuatro pretendientes ricos tuve, con el pobre me fui a estrellar, y miren cómo me lo paga; sentado todo el santo día, y roncando toda la santa noche... ¡que roncando te vea yo en los infiernos por los siglos de los siglos, amén!

JUANELO

No reniegues, mujer y menos en un día como hoy. Si supieras lo que me ha pasado esta mañana estarías sin habla y de rodillas.

LEONELA

¿A ti te ha pasado algo? ¿A ti? Más vale tarde que nunca. ¿Y qué fue, si puede saberse?

JUANELO

No pensaba decírtelo, pero es demasiada carga para mi conciencia.

LEONELA

(*Abandona su trabajo, interesada*) ¡Eso faltaba! Para una vez que tienes algo que contar, ¿pensabas comértelo tú solo? Habla, bendito de Dios, habla.

JUANELO

Cierra puerta y ventana. Si alguien nos ve estamos perdidos.

LEONELA

(*Cerrando y cambiando de tono inquieta*). ¿Tan grave es la cosa?

JUANELO

Tanto, que todavía me tiemblan las carnes al recordarlo.

LEONELA

No me asustes, marido. ¿Un mal encuentro? ¡Me lo imaginé! ¿No? ¿Un robo?... ¡Me lo daba el corazón! ¿Tampoco? ¿Una muerte?.., ¡tenía que ser! ¡Ay pobre viuda, ay, pobres huérfanos!... ¡y esa madre!... esa ¡madre!...

JUANELO

¿Qué madre?

LEONELA

La del muerto.

JUANELO

¿Qué muerto?

LEONELA

¿No lo mataron?

JUANELO

¡Si te callaras una vez! Ni robo, ni sangre, ni muerto. Lo que a mí me pasó fue un milagro. Mejor dicho, tres; ¡tres milagros seguidos delante de estos ojos pecadores!

LEONELA

¡Alabado sea el Santísimo! ¿Quieres burlarte?

JUANELO

¡Por mi salvación te lo juro! ¿Tienes fe, Leonela?

LEONELA

De cristianos viejos vengo.

JUANELO

Pues santíguate tres veces y prepárate a oír lo que nunca imaginaste.

LEONELA

¡Por tu alma, que reviento! Rompe ya de una vez. (*Se sienta a su lado anhelante.*)

JUANELO

Despacio, que a eso voy. Esta mañana me levante temprano para ir a la viña; como queda lejos, y por si algo saltaba de camino, me eché a un hombro la red y al otro la escopeta. Llego al río, veo una sombra que se mueve en el agua, tiro la red... ¿que dirás que pesco?

LEONELA

Una trucha.

JUANELO

Una liebre.

LEONELA

No.

JUANELO

Eso pensé yo al principio: ¡no!... Pero miro y remiro y vuelvo a mirar, y no hay vuelta de hoja: ¡una liebre!

LEONELA

¡Madre de Dios Soberana! ¿No habrías bebido Juanelo?

JUANELO

Más fresco estaba que una madrugada. Imagínate cómo me quedé, que si me pinchan no me sale gota. Sigo caminando sin saber qué pensar; llego al bosque, veo una cosa que corre entre las matas, me echo la escopeta la cara, disparo... ¿y qué dirás que mato?

LEONELA

¡Otra liebre!

JUANELO

¡Una trucha!

LEONELA

¡Ánimas del Purgatorio! ¿Una trucha en el bosque? ¿No estarías soñando?

JUANELO

¿Tengo cara de sueño? ¿No me ves temblando como una vara verde?

LEONELA

Pero, entonces, Juanelo, entonces..., ¡Era un aviso del cielo!

JUANELO

Lo mismo que pensé yo: «¡Arrodíllate, miserere, que la mano de Dios está sobre tu cabeza!» Caigo de rodillas rezando el «Yo pecador». Me agacho a besar la tierra, cuando, de repente, allí mismo, delante de mis ojos, veo una cosa que relumbra.

LEONELA

¡Una espada de fuego!

JUANELO

¡Un tesoro! Leonela! un cofre repleto de alhajas y monedas contantes y sonantes!

LEONELA

(*Se levanta de un salto*) ¡Ah, no, no, no y no! lo de la liebre... pase. Lo de la trucha... pase. ¡Pero un tesoro! ¡Tú quieres matarme de una alferecía ¡ ¿De verdad que no me engañas?

JUANELO

¿Necesitas pruebas, mujer de poca fe? (*Mientras busca su cofre.*) Mira esa red: ¿qué ves ahí?

JUANELO

¡Ciega me quede si no es una liebre!

LEONELA

Mira ahora ese zurrón de caza. ¿Qué ves?

JUANELO

¡Muerta me caiga si no es una trucha!

JUANELO

(*Volcando su tesoro sobre la mesa.*) ¿Y esto? ¿Son sueños de mal vino esto?

LEONELA

(*Deslumbrada*) ¡Oro, ajorcas, collares! ... Juanelo de mis pecados, que yo me vuelvo loca de alegría (*Le abraza y le besa sonoramente.*) ¡Mi maridito querido! ¡Siempre dije yo que en el mundo, de arriba abajo, no había hombre como el mío!

JUANELO

Calma, mujer, calma; y baja la voz. Por lo que más quieras, júrame que, pase lo que pase, nadie sabrá una sola palabra de esto. ¡Júralo!

LEONELA

¡Por la memoria de mi padre, que cien años me espere, amén! (*Revolviendo el tesoro como almorzadas de trigo.*) ¡Ay qué rubio color de toronjas! ¡Ay qué retintín de campanas de gloria! ¡Oro...oro...oro...! (*Se oye repicar el aldabón de la puerta.*)

JUANELO

¡Dios nos ampare! ¿Habrán oído?

LEONELA

(*Recogiéndose rápida.*) ¡Corre a enterrarlo en el sótano! ¡Ciérrate con siete llaves! ¡Siéntate encima! ¡Si hay peligro, de aquí no pasan! ¡Pronto!

(Más aldabonazos y voces de las vecinas llamando.)

VOCES

¡Leonela! ¡Leonela!... (JUANELO sale con el cofre. LEONELA se domina con esfuerzo y respira hondo.) ¿No hay nadie en esta santa casa? ¡Leonela!

LEONELA

¡Ya va! ¡Ya va! (Abre. Entran ASUNTA, SANDRA y LISETA, con grandes cestos de ropa.) Buen día, vecinas. ¿A qué viene tanto repicar en casa ajena?

ASUNTA

Como tardabas en abrir...

SANDRA

¿Estabas ya durmiendo la siesta?

LEONELA

Buenos están los tiempos, para dormir. Muy cargadas venís las tres. Y a buen seguro que regalos no son.

ASUNTA

Trabajo, que es el regalo del pobre. yo, cuatro camisas y ocho sábanas. Trátalas con cuidado, que son de hilo portugués.

LEONELA

Podrías ahorrarte el consejo. ¿O crees que no sé lo que son sábanas de hilo, yo que nací entre holandas?

SANDRA

Yo, dos mudas completas y el mantel grande de fiesta.

LEONELA

Portugués también, ¿verdad? Madapolán, y gracias.

LISETA

Y yo el ajuar de Petruca. Mojar y planchar nada más. ¿Estará para el domingo?

LEONELA

(Reticente.) Allá veremos.

LISETA

¿Cómo veremos? Tiene que estar.

LEONELA

Paciencia, hija; si no es para este será para el que viene, y si no, para el Domingo de Ramos.

LISETA

Pero la boda no puede esperar.

LEONELA

¿Y a mí qué? ¿Soy yo acaso la novia o la madrina? ¿Te acordaste siquiera de mí para convidarme?

LISETA

La verdad, no lo pensé

LEONELA

¡Naturalmente! Los pobres están bien para servir a la mesa; para sentarse, no.

ASUNTA

Pero, hija, ¿qué mal repente te dio hoy, que todo te enfada?

LEONELA

Que ya estoy harta de ser la última y que todos me empujan. La pobre Leonela al río, la pobre Leonela al molino, la pobre Leonela al horno... ¡Y se acabó la pobre Leonela! ¿Lo oís? Señora nací, a mi señorío me vuelvo..., ¡y al que le pique, que se rasque!

SANDRA

Siempre con tus manías de grandeza.

LEONELA

Manías, ¿eh? ¡Verdades como puños! ¿Ves estas manos cortadas del agua? ¡De marfil las has de ver, como las de una abadesa, y con más sortijas que la reina de Nápoles!

ASUNTA

¿Esperas un milagro?

LEONELA

¿Y por qué no? ¿No fuiste tú criada en casa de mi madre y ahora pagas reclinatorio de terciopelo en la misa mayor? ¿No empezaste tú fregando platos y ahora tienes un olivar?

SANDRA

Nadie me lo regaló, sino el trabajo de mi marido.

LEONELA

Tu marido, tu marido... ¡qué manera llenarse la boca con la palabra, como si fuera la única casada por la iglesia! ¿Y qué tiene el tuyo que no tiene el mío? ¿Ha pescado alguna vez tu marido una liebre en el río?

SANDRA

¿Una liebre en el río? ¡Sería cosa de ver!

LEONELA

Pues el mío, sí. Mírala en esa red.

LAS TRES

(Riendo.) ¡Una liebre en el río...! ¡Una liebre en el río!

LISETA

Pero, Leonela, ¿a qué viene esa burla?

LEONELA

Nada de burlas. ¿Y el tuyo? ¿Ha cazado alguna vez tu marido una trucha en el bosque?

LISETA

Bien seguro que no.

LEONELA

Pues el mío, sí. Mírala en ese zurrón.

LAS TRES

(Ríen.) Una trucha en el bosque..., una trucha en el bosque...

ASUNTA

Jesús mil veces. ¿Hablas en serio, vecina?

LEONELA

¡Y si fuera eso solo! Pero lo más grande vino después. «Arrodíllate, miserere, que la mano de Dios está sobre tu cabeza.»... y de repente, allí mismo, el bendito milagro. ¿Se ha agachado alguna vez tu marido a besar la tierra y ha encontrado un tesoro delante de los ojos?

SANDRA

¡Un tesoro! ¿Y en mitad del campo?

LEONELA

(Exaltada) Pues el mío sí; el mío sí.

LISETA

¿Se te ha vuelto el juicio?

ASUNTA

¡No le llevéis la contraria, que es peor!

LEONELA

Un cofre de hierro... montones de oro..., pendientes, ajorcas, brazaletes... ¿Qué valen ahora tu olivar y tu reclinatorio? ¿No dicen que el que ríe mejor es el que ríe el último? ¡Pues miren cómo se ríe la última! *(Ríe desgañitada y nerviosa. Las vecinas retroceden espantadas.)* ¿Qué? ¿Por qué me miráis así? ¿No me creéis verdad?

SANDRA

¿Por qué no, mujer, si todo lo que has dicho es lo más natural del mundo...?

ASUNTA

Acuéstate, Leonela.... descansa...

LEONELA

¿Necesitáis pruebas palpables? Pues un momento, que en seguida vuelvo. *(Derriba a puntapiés los cestos.)* ¡Fuera la sarna sarnosa! ¡Fuera la tiña tiñosa! Se acabó la pobre Leonela. ¡Paso a la señora Leona! ¡La última....! Ja, ja... ¡La última! *(Sale erguida con su risa estridente.)*

SANDRA

¡Ay Señor, Señor, ¿quién lo había de pensar? ¡Una mujer que parecía tan sana!

LISETA

Soberbia y pobreza son malas compañeras.

ASUNTA

Siempre dije yo que tenía que terminar así

¡Castigo de Dios! *(Se santiguan las tres y recogen precipitadamente sus cestos.)*

SANDRA

No dejéis la ropa, que es capaz de quemarla. Hay que contar esta novedad en la plaza.

LISETA

Y en el mercado

ASUNTA

Y en la fuente. ¡Vamos, vamos! *(Entran BRUNO y JUANELO con aire de haber escuchado.)*

JUANELO

¿Por qué tanta prisa? ¿Pasa algo, comadres?

ASUNTA

Nada, Juanelo. Cuida a tu mujer... la pobre, con tanto trabajo...

SANDRA

Paños fríos, caldos de gallina, y reposo, mucho reposo.

LISETA

Si algo necesitas, ya sabes dónde estamos. Adiós, vecino.

LAS TRES

¡Pobre Juanelo! ¡Pobre Leonela! (*Salen haciéndose cruces.*)

BRUNO

Ahora sí que la has armado buena. Todo el pueblo la señalará con el dedo; los rapaces la perseguirán a pedradas. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

JUANELO

(*Triunfal*) Lo más grande, padre. Más que pescar una liebre en el río, más que cazar una trucha en el bosque. ¡He conseguido que mi mujer guarde un secreto! No hay secreto mejor guardado que el que nadie quiere creer (*Desperezándose feliz.*) ¡Y ahora, a dormir tranquilo!

ASÍ TERMINA LA FABLILLA

SANCHO PANZA EN LA ÍNSULA
RECAPITULACIÓN ESCÉNICA DE PÁGINAS DE *EL QUIJOTE*¹¹

PERSONAJES

Sancho
El Mayordomo
El Doctor
El Cronista
El Sastre
El Labrador
El Viejo con báculo
El Viejo sin báculo
El Gracioso
La Buscona
El Ganadero
Dos Pajes
Guardias, Marmitones, Galopines
y Pueblo de Barataria

.....

Salón de la de Justicia en el palacio de Sancho. Estrado y sillón con baldaquino rojo en que se lee la siguiente inscripción: «Hoy tomó posesión desta ínsula de Barataria el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce».

(El cronista, asomado a un ventanal, contempla la plaza, donde se oyen vítores, tambores, chirimías y repique de campanas. Entra el MAYORDOMO),

MAYORDOMO

¿Viene ya el señor gobernador?

CRONISTA.

En este momento entra en la plaza rodeado de pajes y escuderos. Allí el pueblo le aclama, la guardia le rinde armas y el alcaide le besa las manos.

(Cesan la música y se oye el rijo largo de rebuzno.)

MAYORDOMO

¡Qué donosa figura hace nuestro gobernador en su jumento!

CRONISTA.

Pero decidme, por vuestra vida, que yo no salgo de mi asombro: ¿Qué significa todo esto? ¿Es posible que nuestros señores los duques hayan elegido para gobernador a ese villanote de bota y alforja, con trazas de labrador y barba de dos semanas?

MAYORDOMO

Los duques nos le envían, en efecto. Pero habéis de saber que todo esto no es más que una famosa burla. Este gobernador que aquí llega no es otro que el gran Sancho Panza, rústico simple y sin sal en la mollera.

CRONISTA

¿El escudero de ese extraordinario loco al que llaman don Quijote de la Mancha?

MAYORDOMO

¹¹ Casona escenifica aquí los capítulos 45, 47 y 49 de la Segunda parte: los duques, para reírse del Quijote y Sancho, hacen realidad la promesa del hidalgo a su escudero de que lo nombraría gobernador de una ínsula.

El mismo que viste y calza. Según parece, el tal don Quijote le tenía prometido el gobierno de una ínsula a su escudero, que, por lo visto, no está mucho más cuerdo que su amo. Y nuestros señores los duques, en cuyo palacio se hospedaban ahora uno y otro, no han podido imaginar más divertida burla que esta, hacerle creer al bueno de Sancho que este lugar es la ínsula prometida, dejarle que la gobierne durante unos días para ver hasta dónde llega su simpleza, pasando de destripar terrones a administrar justicia y a vivir como señor en palacio.

CRONISTA

Entonces todos esos que le rinden pleitesía ¿están en el secreto?

MAYORDOMO

Unos sí y otros no, para que no sabiéndolo algunos tenga esta patraña más trazas de verdad. Tratadle vos con toda cortesía y anotad por escrito los hechos y dichos memorables de Sancho Panza para comunicarlos a la señora duquesa, que espera dos fanegas de risa de esta nunca vista aventura.

CRONISTA

Silencio. Aquí llega nuestro gobernador (*Vuelven a oírse vítores y música. Dos soldados de alabarda ocupan los umbrales, y entra SANCHO, de rústico, seguido por el DOCTOR, PAJES y PUEBLO de Barataria. El MAYORDOMO se adelanta y rodilla en tierra, le ofrece las llaves en un cojín.*)

MAYORDOMO

Estas son las llaves de nuestra ciudad, señor. A vuestro corazón y a vuestro valeroso entregamos, poniendo en vos nuestra esperanza.

SANCHO

Luego ¿ya soy gobernador?

MAYORDOMO

Por la gracia de Dios y de nuestros señores los duques, lo sois desde aquí mismo.

SANCHO

¿Y puedo va mandar?

MAYORDOMO

Ardiendo estamos todos en deseos de obedeceros como fieles vasallos.

SANCHO

¿Quién sois vos?

MAYORDOMO

Mayordomo soy de este palacio, con licencia vuestra.
(*Nuevo rebuzno.*)

SANCHO

Pues a vos mando en primer lugar, señor mayordomo. Cuidad de ese rucio que me ha traído como fuera mi propio hermano

MAYORDOMO.

¿Qué rucio decís?

SANCHO

Mi pollino, que por no avergonzarle con ese nombre vil, le llamo rucio por el color de su pelaje.

MAYORDOMO

(*Altivo*) ¿Y paréceos que soy yo hombre para cuidar pollinos?

SANCHO.

Paso a paso, señor mayordomo, no madruguéis tanto para ofenderos. Sepamos: si aquí estuviera mi mujer, Teresa Panza, ¿qué tratamiento le daríais?

MAYORDOMO

Tratamiento de señora, por ser la esposa del gobernador.

SANCHO

Muy puesto en razón. Y si aquí estuviera mi hija Sanchica Panza, ¿qué tratamiento le daríais?

MAYORDOMO

De señora también, como a hija de gobernador.

SANCHO.

Pues sabed que ese pollino es mi amigo fiel, mi compañero de fatigas, la lumbre de mis ojos y las telas de mi corazón. ¡Tratadle, pues, con la reverencia debida a un pollino del gobernador! Y llevad entendido que no será el primer asno que reciba honores por méritos que no son suyos.

MAYORDOMO

Pero, señor...

SANCHO

No se hable más, el gobernador lo manda, y basta. Y bien se está San Pedro en Roma; que, con quien tiene el mandar, callar y callar. Y entre dos muelas cordales nunca metas los pulgares. Pues no si no haceos de miel y os paparán las moscas¹². Dicho está. ¡Cuídese de mi rucio!

MAYORDOMO

Como mandéis, señor. *(Al DOCTOR.)* ¡Atiéndase al rucio del señor gobernador!

DOCTOR

(Al CRONISTA.) ¡Atiéndase al rucio del señor gobernador!

CRONISTA

(A un PAJE.) ¡Atiéndase al rucio del señor gobernador!

PAJE

(Desde la puerta.) ¡Atiéndase al rucio del señor gobernador

(La orden se repite fuera, alejándose, en rigurosa escala de precedencia. SANCHO, que ha seguido pasmado el traslado de órdenes, comenta.)

SANCHO

¡Prodigiosa organización! Y vos, ¿quién sois?

CRONISTA

Cronista soy de esta ínsula, a vuestro servicio.

SANCHO

¿Sabéis leer y escribir?

CRONISTA

¿Pues cómo no, siendo cronista?

SANCHO

¹² Casona, al igual que en el *Quijote*, caracteriza al personaje por la incesante repetición de refranes castizos, las aficiones a la comida y bebida.

No os espante la pregunta, que más que cronista soy yo y nunca a leer ni escribir aprendí, si no fue a firmar con unas letras grandes como de marca de fardo, que decían mi nombre. Ahora bien, señor cronista: ¿qué quieren decir esas pinturas que ahí hay?

CRONISTA

Ahí está escrito y notado el día en que vuestra señoría tomó posesión de este gobierno. Y dice así el epitafio: «Hoy tomó posesión de esta ínsula de Barataria el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce.»

SANCHO

(*Mirando en redondo.*) ¿Y a quién llaman aquí “don” Sancho Panza?

CRONISTA

A vuestra señoría, que en esta ínsula jamás ha entrado otro Panza sino vos.

SANCHO

Pues advertid, hermano, que yo no tengo “don” ni en todo mi linaje lo ha habido. Sancho Panza, soy a secas, y Sancho fue mi padre, y Sancho mi abuelo y todos fueron Panzas, a mucho honra, sin añadiduras de dones ni doñas. De casta de labradores vengo y nunca me avergonzaré de ello; que este es consejo que me dio señor don Quijote. Y el que tiene corta la pierna no necesita larga la sábana. Nadie se precie de su cuna, que sangre se hereda, pero la virtud hay que conquistarla; y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale. Y más que, mientras dormimos, todos somos iguales: los ricos y los pobres, los mayores y los menores. Y después de muertos, el labrador y el obispo caben en un palmo de tierra. Conque, cepos quedos; que el hábito no hace al monje; y debajo de una mala capa puede haber un buen bebedor... ¡Y no digo más!

DOCTOR

Ni hace falta, señor, que todo eso está muy en su punto. Pero mirad que no parece bien en un gobernador ensartar tantos refranes, más propios del vulgo que de los hombres sabios.

SANCHO

¿Y quién sois vos, hombre sabio, ni quién os ha dado vela en este entierro?

DOCTOR

Doctor soy a vuestras órdenes, graduado en la Universidad de Osuna¹³.

SANCHO

Pues usad vos de vuestras bachillerías de Osuna y dejadme a mí usar de mis refranes, que son toda mi hacienda. Y nadie se tome con su gobernador; que el que manda, manda; y las necedades del rico, por sentencias pasan en el pueblo. No os vengáis a estrellar contra el más fuerte; que si el cántaro da en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro. Conque, al buen entendedor.... bastante he dicho. Ahora, señores, preparad la comida del gobernador. Y sea abundante; que llevo siete leguas sin probar bocado, y pan y vino andan camino, que no mozo garrido.

MAYORDOMO

Perdón, señor; antes habéis de administrar justicia, que todavía no es la hora de yantar, y hay aquí unos pleiteantes aguardando.

SANCHO

¿Son muchos?

MAYORDOMO

Por ahora, tres o cuatro no más.

SANCHO

¹³ La de Osuna, al igual que la de Cervera o Sigüenza eran universidades menores, ridiculizadas a menudo por los eruditos; la burla es aún mayor porque en Osuna no se enseñaba Medicina.

Pues entren esos tales, y lluevan sobre mí pleitos, que si nadie me estorba con latines ni papeles, yo los despabilaré en el aire mejor que el mismo Salomón¹⁴.

MAYORDOMO

He aquí la vara de la justicia. Pero antes de tomarla, fuerza será que cumpláis con una vieja costumbre de esta tierra.

SANCHO

Así sea, que respetar las costumbres es ley de buen gobierno. Veamos qué es ello.

MAYORDOMO

Es la costumbre que todo el que viene a tomar posesión de esta famosa ínsula está obligado lo primero a responder a una pregunta que sea algo intrincada y dificultosa. Por esa respuesta el pueblo toma el pulso del ingenio de su nuevo gobernador, y así se alegra o se entristece con su venida.

SANCHO

Pues venga esa pregunta, que yo sentenciaré lo mejor que pudiere sin perdonar derecho ni llevar cohecho. Y si no acierto, al que da lo que tiene, no se le pida más. Conque, adelante el preguntador.

MAYORDOMO

Pues es el caso, señor, que a la entrada de esta villa hay un puente, y en la mitad del puente hay una horca. Y está mandado que a todo el que pase el puente se le pregunte adónde va. Si contesta la verdad, se le deja ir libremente, pero si contesta mentira se le debe ahorcar allí mismo. Pues bien: esta mañana llegó al puente un hombre, y al preguntarle los centinelas adónde iba, contestó: «Voy a morir en esa horca.» Y ahí está lo grave, señor gobernador: que no hay manera de cumplir con la ley. Porque si se le deja libre resultará que se le deja habiendo dicho mentira, y si se le ahorca resultará que se le ahorca habiendo dicho verdad. ¿Cuál es vuestra sentencia?

SANCHO

(Se rasca la cabeza resoplando.) Vamos despacio, que juez que mal se informa nunca bien pronuncia. ¿Manda la ley que al que diga verdad se le deje ir libre y al que diga mentira se le ahorque?

MAYORDOMO

¡Así es!

SANCHO

Y ese hombre, al preguntarle:«¿adónde vas?», contesta: «a morir en esa horca...»

CRONISTA

Así es también.

SANCHO

Luego si se le deja ir libre no se cumple con la ley porque ha dicho mentira, y si se le ahorca tampoco se cumple con la ley, porque ha dicho verdad.

DOCTOR

Así mismo.

SANCHO

¿Y ése es todo el intríngulis? Pues a fe que o yo soy un porro o este negocio se resuelve en dos paletadas. Porque si no hay manera humana de ahorcar a medio hombre dejando en libertad al otro medio; y si la balanza está en el fiel con las mismas razones para perdonarle que para condenarle; y ni condenándole ni perdonándole se cumple con la ley..., lo que sobra es la ley. Conque perdónese a ese hombre, que de doblarse alguna vez la vara de la Justicia, más vale que se doble hacia la misericordia que no hacia el castigo. Ésta es mi sentencia.

¹⁴ Salomón, hijo de David, representa en la tradición cristiana la sabiduría y buen juicio.

MAYORDOMO

¿Han oído, señores?

PUEBLO

¡Dios guarde a nuestro gobernador!

MAYORDOMO

Tomad, pues, la vara de la Justicia; que si todas vuestras sentencias son como ésta, bien seguros podemos estar en vuestras manos.

SANCHO

Quédese aquí la vara, que ya habrá tiempo de usarla. Y vamos a comer, señores, que no tengo yo la cabeza para tanto pensamiento ni el estómago para tanto ayuno.

DOCTOR

Esperad todavía, señor; los pleiteantes aguardan.

SANCHO

Mala costumbre es ésta de traer los pleitos a la hora de comer. Pero, en fin, el que quiera estar a las maduras esté también a las duras, y cada palo aguante su vela, que cuando Dios amanece, amanece para todos. Que pasen esos hombres.

(Sale un PAJE a dar la orden.)

MAYORDOMO

Tomad las insignias de vuestro cargo *(Ayudado por un PAJE le ciñe ceremoniosamente un rico tabardo con guarnición de cibelinas, gorra de velludo con pluma y collar de oro. SANCHO toma la vara y sube solemnemente al estrado. Entretanto el DOCTOR comenta con el CRONISTA.)*

DOCTOR

¿Qué me decís de nuestro flamante gobernador?

CRONISTA

Que no tiene pelo de tonto, y no sería yo quien le metiera un dedo en la boca. Por burla se le ha nombrado, pero bien pudiera ser que, si sigue como hasta aquí, las bromas se vuelvan veras y salgan burlados los burladores.

(Pasa el CRONISTA a su mesa, donde va tomando nota de los juicios. Entran el LABRADOR con sus alforjas y el SASTRE con ferreruelo y grandes tijeras colgadas a la cintura. Tras ellos entran dos VIEJOS barbados —el uno con grueso báculo—, que permanece en el fondo esperando su audiencia.)

SASTRE

(Mirando a todos.) ¿Quién es el señor gobernador?

SANCHO

¿Quién va a ser? ¿No veis aquí la vara?

(Corren los dos a sus pies, disputándose la palabra.)

SASTRE

¡Dadme a besar esas manos justicieras!

LABRADOR

¡Dadme a mí las manos y los pies!

SANCHO

¡Ni manos, ni pies, ni besos! Al grano, y barras derechas! ¿Qué negocio es el vuestro?

SASTRE

¡Justicia contra ese acusador embustero!

LABRADOR

¡Justicia contra ese ladrón de sastre!

SASTRE

Ladrón yo?

LABRADOR

¿Embustero yo?

SANCHO

¡Silencio los dos! Cómo, ¿no ensilláis y ya cabalgáis? ¿Es que puedo yo ver clara una cosa que contáis turbia? Que hable uno solo.

SASTRE

Yo soy el acusado.

SANCHO

Pues pasad vos a este lado; quedaos vos a ese otro. Y hábleme el acusado por este oído, que el otro lo necesito para el que hable después.

(Se inclina a un lado, haciendo caracola con la mano en la oreja correspondiente.)

SASTRE

Yo, señor, soy sastre, que por mala fama que tenga es oficio tan de bien como otro cualquiera. Estando ayer en mi tienda llegó este labrador, me entregó dos cuartas de paño y me preguntó: «¿Habrá bastante con este paño para hacer una caperuza?» Yo, tanteando el paño, díjele que sí. Pero como los sastres tenemos esta maldita fama de quedarnos con una parte del paño como maquila, el hombre volvió a preguntar: «Diga, ¿y no habría bastante para hacer dos en lugar de una?» Yo le comprendí la intención, pero como nada se había hablado del tamaño, respondí que también. Entonces el muy zorro volvió a quedarse pensando y tornó a preguntar: «¿Y podrían salir tres?» «Sí, como poder, también pueden salir tres.» En fin, por no cansar, que él siguió añadiendo caperuzas y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco. Con esto ya le pareció bastante y quedamos en que yo le haría cinco caperuzas. Ahora, al entregárselas, pone el grito en el cielo, y no solo no me quiere pagar la hechura, sino que pretende que yo le pague o le devuelva su paño. Eso es todo.

SANCHO

(Cambiando ostensiblemente de mano y de oreja) ¿Es así, hermano?

LABRADOR

Así es

SANCHO

¿Es verdad que vos le encargasteis las cinco caperuzas?

LABRADOR

Verdad.

SANCHO

¿Y es verdad que él las hizo con el paño que le disteis y no con otro?

LABRADOR

Verdad también. Pero él nada me advirtió del tamaño ¿Y sabe su señoría lo que ha hecho? ¡Muestra, muéstralas a la Justicia!

SASTRE

(*Sacando la mano de debajo del ferreruelo con una caperuza roja en cada dedo.*) Aquí están las cinco, una por una. Y juro a Dios que nada me sobró del paño, y que están cortadas y cosidas con todas las de la ley.

LABRADOR

¿No es un escarnio, señor gobernador?

SASTRE

Considere que él nada me dijo del tamaño. ¿Pues qué creía este bribón que puede hacerse con dos cuartas «adminículas» de paño?

SANCHO

¡Basta va! El pleito está bien claro y aquí no han de ser menester más leyes que juzgar a juicio de buen varón. Ninguno de los dos tiene razón porque los dos habéis obrado de mala fe. Por tanto, que pierda el labrador el paño, y el sastre que pierda su trabajo. Quédense aquí las caperuzas para enseñanza de pleiteantes. Y lárguense los dos con viento fresco, que no están los gobiernos para perder su tiempo con pleitos menudos de truhanes y maliciosos. ¡Largo ahora mismo! (*Levanta la vara amenazando. los dos litigantes corren atropellándose.*) ¿Queda algún otro?

DOCTOR.

Estos dos ancianos, con pleito de dineros. (*Se adelantan los dos.*)

SANCHO

Que hable el demandante.

VIEJO SIN BÁCULO

Es el caso, señor, que este vecino mío me pidió prestados hace tiempo diez escudos. Díselos con la mejor voluntad, tardé todo lo que pude en reclamárselos por no ponerle al devolvérmelos en mayor necesidad de la que tenía al pedírmelos. Ahora los necesito, y me niega la deuda diciendo que ya me los devolvió y que no me acuerdo.

SANCHO

¿Tenéis pruebas, buen viejo?

VIEJO SIN BÁCULO

Ahí está lo malo: que como le tenía por honrado, le entregué los escudos sin firma ni testigos.

SANCHO

(*Al MAYORDOMO.*) ¿Es conocido en la ínsula el demandado como hombre de opinión y de creencias?

MAYORDOMO

Los dos lo son, señor. De ninguno de ellos se sabe que haya faltado nunca a su palabra.

SANCHO

¿Qué queréis que haga yo entonces, hermano? Si él se empeña en que sí y vos en que no bajo palabra, nada vamos a sacar en limpio.

VIEJO SIN BÁCULO

Solo pido a vuestra señoría que le tome juramento público y solemne. Téngolo por hombre de fe no lo creo capaz de falso juramento.

SANCHO

Sea como queréis. (*Se pone en pie y muestra un crucifijo*) ¿Estáis dispuesto a jurar delante de la Santa Cruz?

VIEJO CON BÁCULO

Dispuesto estoy. Tenme este báculo un momento, vecino. (*Entrega el báculo a su compañero, avanza y pone la mano sobre la Cruz.*) Yo confieso ante Dios que este buen amigo me prestó los diez escudos de oro. Y juro por la salvación de mi alma que se los he devuelto, poniéndolos con mi propia mano en su mano, solemne y públicamente. ¡Que el cielo me condene si miento!

SANCHO

Hecho está el juramento. ¿Puedo hacer algo más por vos?

VIEJO SIN BÁCULO

Nada, señor. Por encima de todo es cristiano viejo¹⁵ y no va a condenar su alma por diez escudos. No hay duda de que él tiene razón. Toma tu báculo, hermano, y quede saldada la deuda para aquí y para delante de Dios.

VIEJO CON BÁCULO

Así sea. (*Recoge el báculo.*) ¿Puedo retirarme, señor?

SANCHO

Aguarda un poco. (*Medita perplejo con el índice sobre la nariz. Rumia en voz alta las palabras del VIEJO, con un rebrillo sagaz en los ojos.*) ¿De manera que se los habéis devuelto... con vuestra propia mano en su propia mano... solemne y públicamente?

VIEJO CON BACULO

Así fue.

SANCHO

¿Y tanto os estorbaba ese báculo que no habéis podido jurar con él? A ver, dádme lo acá. ¡Pronto!

VIEJO CON BACULO

¿Por qué, señor?

SANCHO

Porque algo me huele aquí a gato encerrado. Y a fe mía que si lo hay, es dentro de este báculo donde debe de estar. (*Lo examina buscando algo. Por fin destornilla el puño y vuelca sobre una bandeja, que acerca el MAYORDOMO, el báculo hueco, de donde salen las diez monedas.*) ¡Ajá! ¿No os dije? ¡Aquí está el gato! (*Exclamaciones de asombro.*) Tomad vuestros escudos, buen hombre. Y condénese a ese otro por falsedad pública; que el que solo dice la mitad de la verdad es igual que el que miente. Rematado el pleito.

MAYORDOMO

¿Qué os parece de esto, señores?

CRONISTA

¡Viva mil años nuestro gobernador!

PUEBLO

Viva.

SANCHO

Déjense de gritos; y si real y verdaderamente quieren que viva, denme algo de comer, que no soy de piedra-mármol y me estoy cayendo de necesidad.

MAYORDOMO

¡Hola! Tráigase aquí la mesa del señor gobernador, y retírese el pueblo. (*Salen baratarios y litigantes comentando el suceso. Mientras los PAJES traen una mesa rica de platos, cubiertos y manteles, el MAYORDOMO se acerca a*

¹⁵ Los Reyes Católicos decretaron en 1492 la expulsión de los judíos y musulmanes que no se convirtieron al catolicismo. Los *cristianos viejos*, es decir, los católicos de toda la vida, miraban con recelo a los recién convertidos o *cristianos nuevos*.

SANCHO, *que deja su vara y desciende a terreno llano.*) Confieso que no salgo de mi pasmo. ¿Cómo pudisteis descubrir una industria tan sutil?

SANCHO

¡Bah!, no tiene ningún mérito. Venirme a mí con malicias es como echar agua a la mar. A más que el cura de mi aldea me contó una vez un caso parecido, y tengo tal memoria, que a no olvidárseme todo lo que quiero recordar, no habría en esta ínsula memoria como la mía. (*Se acerca un PAJE, ofreciendo, rodilla en tierra, el aguamanos*) ¿Qué diablos es esto?

PAJE 1º

El aguamanil; señor, para daros agua en las manos antes de la comida.

SANCHO

Nunca hice tal yo; pero pase, si es costumbre insular. (*Se lava las puntas de los dedos.*) Y aun me daré con un canto en los pechos si no es más que esta el agua que los gobernadores han de sufrir en la comida. (*Se sienta a la mesa. El otro PAJE acude a ponerle babero randado.*) ¿Babadores también? Nunca imaginé que fuera tan dificultoso esto de empezar a comer en los palacios. (*El DOCTOR se cala sus antiparras y en silencio le contempla palmo a palmo. Pasa tras él y le mira del otro lado. Le toma el pulso, le examina la lengua.*) ¿Qué demonios miráis vos?

DOCTOR

A vos miro, señor, para saber por vuestra figura qué cosa convendría mejor a vuestro estómago. Que soy el médico de este gobierno y nada puedo permitiros tomar que sea en daño de vuestra preciosa salud. ¡Sírvanle de esa fruta al señor gobernador! (*Sirve un PAJE. SANCHO toma del bien abastecido frutero un gran racimo. A la segunda uva, el DOCTOR golpea sonoramente con su varilla en el cristal.*) ¡Basta!

SANCHO

¿Cómo que basta si aún no había empezado?

DOCTOR

La fruta es peligrosa por ser demasíadamente húmeda, y así es bien no usar de ella sino al principio de las comidas, como refrescante y solo para mojar los labios. ¡Entren esas perdices estofadas!

SANCHO

¿Perdices tenemos? Vengan en buena hora que ellas me aliviarán mejor que fruta ninguna. (*Destapa el plato y aspira con fruición el vaho. Aparta todos los cubiertos y toma a dedo un muslo. En cuanto le hinca diente vuelve a oírse la varilla fatal.*)

DOCTOR

¡Basta!

SANCHO

¿Otra vez?

DOCTOR

Manjar es este del que se ha de usar con tiento. Porque ya nuestro maestro Hipócrates¹⁶, luz y norte de la medicina, dijo en un aforismo (*leyendo en un infolio*): «Omnis saturatio mala; perdicis autem péssima.» que quiere decir: «Toda hartura es mala, pero la de perdices, malísima.» Retírese pronto ese peligro! ¿Qué plato: es ese otro?

PAJE

Conejo guisado.

¹⁶ Médico griego (460-377 a. C.), considerado el fundador de la Medicina; dio nombre al *juramento hipocrático*, según el cual los médicos se comprometen a buscar la curación del enfermo.

DOCTOR.

Fuera ese guiso también, que el conejo es manjar «peliagudo» y demasíadamente montaraz para estómagos delicados.

SANCHO

¿Delicado el mío? Paso a paso, señor doctor, que más miedo tengo yo a la hambre que no a la hartura. No me venga con melindres, que más quiero asno que me lleve que no caballo que me despeñe. Y más, que siempre he oído decir que no hay estómago que sea un palmo mayor que otro. Y si el estómago es fuerte, no hay piedra que lo reviente; y si no, no hay ciencia que valga: que lo que es bueno para el bazo es malo para el espinazo. Conque quíteseme de delante y tengamos la fiesta en paz, que de la panza sale la danza. ¡Daca ese vino, muchacho!
(*El PAJE sirve una copa. El DOCTOR se interpone.*)

DOCTOR

¿Vino decís? No en mis días, que el vino anubla el cerebro, altera los pulsos y desata los malos humores del organismo. ¡Libre Dios del vino a nuestro gobernador! (*El PAJE vuelve el vino al ánfora.*)

SANCHO

¿Esto más?

DOCTOR

Así lo dijo Hipócrates. Un sabio, señor

SANCHO

¿Y era tonto el que dijo que «ajo crudo y vino puro pasan el puerto seguro»? ¿Que el pan, el vino y la carne hacen buena sangre»? ¿Que «al buen comer, tres veces beber»? ¿Y que «al catarro, dale un buen jarro»? Estos, estos son los sabios que yo quiero y no los doctores como vos, que de tanto cuidarme me acabarán la vida! (*Una fila de reposteros, marmitones y pinches, con pasos concordados de bailete, va desfilando con platos y fuentes incitantes. El DOCTOR husmea y los va rechazando con un golpe de varilla. La fila da vueltas a la mesa ante las narices de SANCHO, y regresa virgen a la cocina.*) ¿Qué plato es ése, galopín?

GALOPÍN

Salpicón de vaca con nabos y cebollas.

SANCHO

¿Cebollas has dicho? ¡Santa palabra querida!

DOCTOR

¡Fuera de aquí tal villanía! ¿Y ese otro?

MARMITÓN

Tenera en adobo.

DOCTOR

¿Caliente y con especias? Funesto enemigo del «húmedo radical» en que consiste la vida. Vade retro ese adobo! ¡Y ese plato también! ¡Y el siguiente con él! ¿Postre *habemus*?

MARMITÓN

Menestra de cabra.

DOCTOR

¡Absit! Vuelva esa cabra al monte sin mancillar nuestros manteles. ¿Queda algo más?

PAJE 1º

Olla podrida, señor.

SANCHO

¡Loado sea Dios! Ahora nadie podrá decir que no; que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no dejaré de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

DOCTOR

Vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento. Allá las ollas podridas para los canónigos, para los rectores de colegios y las bodas de labradores; y déjenos libres las mesa de los palacios, donde ha de asistir todo primor y todo atildamiento. ¡Retírese esa olla en seguida!

SANCHO

Entonces, ¿queréis decirme, ilustrísimo señor doctor, qué es lo que yo puedo comer?

DOCTOR

Ahora, después de esa fruta y esos vahos de perdiz que habéis tomado, bien será que terminéis con un gran vaso de agua y una tajadica sutil de carne de membrillo, que os ayude a una buena digestión.

SANCHO

(Se respalda y lo mira de hito en hito, conteniendo su enojo.) Prudentísimo consejo. ¿Cómo os llamáis vos?

DOCTOR

Yo, señor gobernador, me llamo el doctor don Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna.

SANCHO

(Arrastrando cada frase entre dientes.) Pues, señor don Pedro Recio de mal agüero.... Natural de Tirteafuera.... Graduado en Osuna..., ¡Quíteseme ahora mismo de delante, o si no, voto al sol que tome un garrote y a garrotazos, empezando por vos, no deje médico sano en toda esta ínsula. *(Se levanta rojo de cólera empuñando la vara judicial.)* ¡Fuera de aquí, enemigo de la salud, verdugo de la República! ¡Fuera!

MAYORDOMO Y CRONISTA

¡Téngase, señor! ... ¡téngase! *(El DOCTOR huye, perdida su solemnidad ante la vara. El MAYORDOMO y el CRONISTA calman y detienen a SANCHO)*

SANCHO

Y ahora, señor mayordomo, vea si hay manera de que yo coma algo a modo. Y si no, tómense su gobierno; que oficio que no da de comer, cargue el diablo con él.

MAYORDOMO

No desespere su señoría. Yo daré órdenes terminantes para que mañana no vuelva a ocurrir esto.

SANCHO

Para hoy las necesitaba yo: que el hoy ya está aquí, y el mañana aún no lo vi. ¿No podría ser que volvieran a traerme de aquellas perdices?

MAYORDOMO

Imposible sin licencia del médico. Y menos de esos manjares, que bien pudiera ser que por manejos de algún enemigo estuvieran envenenados.

SANCHO

¡Hola! ¿Venenicos también? Por Dios que, según se me va trasluciendo, no es tan gustoso oficio este de gobernador como yo imaginaba.

MAYORDOMO

A la noche tomaréis una libra de uvas, que no es manjar de peligro. Y ahora, muchachos, álcense esos manteles; y tomad otra vez la vara, que no han de faltar pleitos en el día.

(Retiran la mesa dos PAJES. El CRONISTA, que habrá salido durante la escena anterior, vuelve. SANCHO ocupa, mal resignado, un sillón. Los guardias quedan nuevamente en el umbral.)

CRONISTA

Aquí está el primero.

SANCHO

¿Qué pleito trae este mozo?

CRONISTA

Nada sabemos todavía. Según me dicen se tropezó en esa callejuela con la ronda y, nada más verla, echó a correr como un gamo. Luego si corría de la justicia, señal que debe de ser un delincuente.

SANCHO

Suéltlenlo y veamos. ¿Qué delito es el tuyo, mancebo?

GRACIOSO

Ninguno, señor.

SANCHO

¿Por qué corrías entonces de la justicia?

GRACIOSO

Para evitar preguntas, que hacen demasiadas.

SANCHO

¿Cómo te llamas?

GRACIOSO

Yo no me llamo. Me llaman.

SANCHO

Ah ¿gracioso me sois? ¡Pues a fe que tengo yo hoy el cuerpo para gracias! Cuidado, mancebo, que el que va por lana..., ya me entiendes. Conque más respeto y responde discretamente a lo que se te pregunten. ¿Adónde ibas cuando te topó la justicia?

GRACIOSO

A tomar el aire.

SANCHO

Muy bien. ¿Y dónde se toma el aire en esta ínsula?

GRACIOSO

Como en las otras: donde sopla.

SANCHO

¿Burletas a mí? Pues mira, hijo, hazte cuenta que yo soy el aire, y que te soplo en popa, y que te encamino a la cárcel ahora mismo. ¡Hola, guardias! Llevadle a que duerma esta noche en el calabozo.

GRACIOSO

¿A mí? Por Dios que así me hará vuestra merced dormir hoy en la cárcel como hacerme emperador de las Indias

SANCHO

Pues qué, ¿no tengo yo poder para prenderte?

GRACIOSO

Para prenderme, sí. Para hacerme dormir hoy en la cárcel, ni vuestra merced ni veinte gobernadores juntos.

SANCHO

Pues dime, maldito: ¿tienes algún ángel que te saque y te libre de los grillos que te pienso mandar echar?

GRACIOSO

Vengamos a razones, señor gobernador: por más que me mandéis llevar a la cárcel, y que me metan en un calabozo con grillos y cadenas..., como yo me empeñe en no pegar pestaña ¿será vuestra merced bastante para hacerme dormir si yo no quiero?

SANCHO

No está mal. Discreto eres, mancebo. Anda con Dios, que no quiero yo quitarte el sueño. Pero para otra vez no te burles con la justicia, no sea que topes con alguna que te dé con la burla en los cascotes. Y puesto que tienes ingenio, guárdalo para cuando haga falta y no lo gastes inútilmente. Que a todo hay quien gane...y en todas partes cada semana tiene su martes.

GRACIOSO

Béseos la mano, señor gobernador.

(Sale silbando tranquilamente entre los guardias. Óyense fuera gritos y llantos desahogados)

SANCHO

¿Qué griterío es este? Mujer ha de ser para tanto ruido.

(Entran una mujer desmelenada, con aspecto de buscona, y el GANADERO.)

BUSCONA

¡Justicia, señor gobernador, justicia! Si no la hallo en la tierra, tendré que pedirla al cielo. ¡Justicia contra este infame!

SANCHO

Justicia habrá para todos mientras yo tenga esta vara. Pero hablad más bajo, que si no, no oigo. ¿Qué pleito es el vuestro?

BUSCONA

¡Ay señor gobernador de mi ánima! ¡Ay, desdichada de mí! ¿Cuándo se vio en esta ínsula semejante injuria a una doncella?

SANCHO

Paso a paso, señora, que no es más fuerte la razón porque se diga a gritos. Quedaos a este lado; pasad vos al otro, buen hombre. Ahora habládme por este oído; y no me lloréis más, que en cojera de perros y llanto de mujer nunca hay que creer. ¿Cuál es vuestra queja?

BUSCONA

Mire si es desafuero, señor gobernador. Yo soy una honesta doncella, limpia hasta hoy de moros y cristianos, dura con los galanes como un alcornoque y entera entre ellos como la salamanquesa en el fuego. Este mal hombre topó conmigo a solas en mitad de ese campo, y abusando de mi soledad y desamparo, se aprovechó de mi cuerpo como de trapo tendido, arrebatándome por la fuerza lo que desde hace veintitrés años tenía tan ganado. ¡Vea vuestra merced si tengo razón para clamar al cielo y pedir justicia a gritos! *(Llora desesperadamente.)*

SANCHO.

¿Habéis terminado? Veamos ahora. *(Cambia de oído.)* ¿Qué respondéis vos a la querrela de esta mujer?

GANADERO

Digo, señor, que una parte es verdad y otra mentira, y que no tiene razón contra mí. Yo soy un pobre tratante de ganado de cerda. Esta mañana llegué al lugar a vender -con perdón sea dicho- cuatro cochinos, que por cierto

me llevaron de impuestos y alcabalas casi lo que valían. Volvíame a mi aldea, topé de paso a esta mujer. Y yo mozo..., ella bien parecida..., el camino sin gente... En fin, señor gobernador...

SANCHO

Entendido; que el hombre es fuego y la mujer estopa, y luego viene el diablo y sopla. Adelante.

GANADERO

Pues, en efecto: que yo la miré..., que ella me miró... y vino el diablo y... (*Sopla fuerte y largo.*) Pero juro por mi alma, señor gobernador, que yo no le hice fuerza ninguna; que todo fue de buena voluntad y con su pago, y que hasta me aceptó como regalo unos zarcillos de plata. De modo que ésta es la única verdad y todo lo demás superchería.

BUSCONA

¡Habrased visto desvergüenza! ¡Injuria sobre injuria! Pobres doncellas desvalidas, ¿qué será de nosotras si la vara de la justicia no nos socorre? (*Llora a gritos' y manantiales.*)

SANCHO

¡Silencio ya! Basta de palabras y de gemidicos. (*Queda meditando. Pausa.*)

CRONISTA

¿Cuál es vuestra sentencia?

SANCHO

Difícil negocio es este. Veamos, buen hombre: ¿lleváis algún dinero encima?

GANADERO

Veinte ducados de plata en esta bolsa. Son toda mi fortuna.

SANCHO

Traed acá. Y vos, buena mujer, ¿os conformaríais con estos veinte ducados como pago por el mal que este hombre os ha hecho?

BUSCONA

(*Radiante.*) ¡Veinte ducados de plata! ¡Oh, gracias, señor gobernador! Dios os premie por la justicia que me hacéis. Dios aumente esa vida que así defiende a los menesterosos y guarda la virtud de las doncellas. ¡Gracias mil veces, señor gobernador! (*Sale con grandes reverencias.*)

MAYORDOMO

Paréceme, señor, que esta vez no os han guiado el pulso y el ingenio que en los otros juicios pusisteis. Pronto os ablandaron lágrimas de mujer.

SANCHO

Callad y no juzguéis nunca hasta el fin, que este pleito no ha hecho más que empezar. Ahora sabremos la verdad. Buen hombre, ¿habéis oído mi sentencia?

GANADERO

Por mi mal la oí, que aquella bolsa era toda mi riqueza y el pan de mi casa.

SANCHO

Pues bien: corred detrás de esa mujer, quitadle la bolsa y volved acá con ella

GANADERO

¿Quitarle la bolsa?

SANCHO

Y ahora mismo. ¿O necesitas que te lo diga otra vez?

GANADERO

Pierda cuidado, que ni a tonto ni a sordo se lo ha dicho. (*Corre tras ella.*) ¡Eh, buena mujer! ¡Alto nombre de la ley! ¡Alto!

MAYORDOMO

Cómo, señor, ¿ahora os volvéis atrás?

SANCHO

Silencio, que yo me entiendo, y a perro viejo no hay tus-tus. Lo que sea no ha de tardar en sonar. (*Oyese afuera la voz de la mujer, clamando.*)

BUSCONA

¡Justicia de Dios y del mundo! ¡Al ladrón, al ladrón! (Entra con el GANADERO, ambos aferrados a la bolsa que disputan hasta que vence la mujer, cayendo el GANADERO medio derribado.) ¡Mire la poca vergüenza y el poco temor de este desalmado, que en vuestro palacio mismo me ha querido quitar la bolsa que vuestra justicia mandó darme!

SANCHO

Pero ¿os la ha quitado?

BUSCONA

¿Quitarme? Primero me dejaría yo arrancar la vida. ¡Pues bonita es la niña! Tenazas y martillos, mazos y escoplos no serían bastante a sacármela de entre las uñas. ¡Antes me sacarían el alma de en mitad de las carnes!

SANCHO

Así se hace, valiente mujer. Venga acá esa bolsa

BUSCONA

Pero, señor gobernador...

SANCHO

¡Venga, he dicho! (*La toma.*) ¿De dónde habéis sacado tantas fuerzas, hermana? Yo os juro que, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado ahora para defender esta bolsa lo hubierais mostrado antes para defender vuestra honra¹⁷, no habría fuerza en la tierra que pudiera contra vos. (*Levantándose y alzando la vara amenazador.*) Andad enhoramala, embustera, y no me paréis en toda la ínsula, so pena de doscientos azotes. ¡Largo! (*Sale la mujer sollozando protestas.*) Y vos, buen hombre, tomad vuestros ducados y volved a casa sin parar con nadie en el camino. Y llevad entendido que una buena mujer no se paga con todo el oro del mundo, pero de las otras líbrenos Dios. Que bien dice el refrán: que una buena cabra, una buena mula y una mala mujer son tres malas bestias. Conque mucho ojo, y que no os vuelva a soplar el diablo.

GANADERO

Dios os lo premie, señor gobernador. (*Sale. Se oye fuera un redoble y un toque largo de clarín.*)

SANCHO

¿Trompeticas ahora? ¿Qué quiere decir esa señal?

CRONISTA

Una de dos: o son noticias importantes o los centinelas han avistado a los bajeles moriscos y es un alerta de guerra¹⁸.

SANCHO

¹⁷ La honra constituyó un motivo fundamental del teatro del Siglo de Oro.

¹⁸ Durante el siglo XVII son frecuentes los saqueos de las costas levantinas y andaluzas del Mediterráneo por parte de piratas norteafricanos.

(*Deja la vara y baja del estrado.*) ¿Guerra y bajeles moriscos?

MAYORDOMO

Son nuestros enemigos jurados, y siempre hemos de vivir con este sobresalto, bajo amenaza de invasión.

SANCHO

Linda noticia para terminar la digestión. Y dígame, hermano: cuando los enemigos entran en una ínsula, ¿qué hacen los gobernadores?

MAYORDOMO

Salir al frente de las tropas. Que es privilegio de su cargo toda la gloria del triunfo o el honor de morir los primeros en la batalla. (*Volviéndose al PAJE que aparece con un pliego.*) ¿Son enemigos o noticias?

PAJE

Un correo urgente del señor duque.

SANCHO

Menos mal. Vea vuestra merced de qué se trata.

MAYORDOMO.

(*Leyendo el sobrescrito.*) «A don Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano o en las de su secretario.»

SANCHO

¿Y quién es mi secretario?

CRONISTA

Yo, señor, porque sé leer y escribir y además soy vizcaíno¹⁹.

SANCHO

Con esa añadidura bien podrías ser secretario del mismo emperador. Abrid luego ese pliego y sepamos qué dice.

CRONISTA

«A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que los eternos enemigos de esa ínsula piensan darle un asalto furioso no sé qué noche de estas. Estad alerta y no descanséis, no sea que os sorprendan a oscuras y acostado. Sé también por espías verdaderos que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida. Ojo avizor: no os fiéis de nadie que se os acerque o comáis ningún manjar de cocina, sospechosos todos de veneno. En vuestro valor y en vuestra discreción confío para la salvación de la ínsula. Deste lugar, a veintiséis de julio. Vuestro amigo: el duque.»

MAYORDOMO

Graves son las noticias. ¿Qué dice su señoría?

SANCHO

(*Después de una pausa con una tranquila tristeza.*) Digo, señores, que si así es el oficio de gobernar, no es el hijo de mi madre el que nació para esto. (*Comienza a despojarse de sus insignias.*) Si he de mandar ejércitos y velar sobre las armas, y sentenciar pleitos a todas horas para que la una parte se vaya contenta y la otra me saque el pellejo, y vivir con el temor de que me maten enemigos a los que nunca ofendí, y no comer ni beber vino como manda ese médico verdugo.... Si todo eso es gobernar, quédense aquí mis llaves y mis galas, y tómelas el que quiera. A mi trabajo y a mi tierra me vuelvo; que más quiero vivir entre mantas que no morir entre holandas. Devuélvanme mi pollino, mi único amigo fiel, del que no pienso volver a separarme más. Y si algo merezco por lo que hice, sólo pido a vuestras mercedes que me den medio pan y medio queso, que yo comeré de camino a la sombra de una encina mejor que comí en palacio entre manteles brocados. (*Al público.*) Y a vosotros, ciudadanos

¹⁹ En Miguel de Cervantes y en la literatura del siglo XVII es habitual la burla de los vizcaínos tanto por su forma de hablar como por sus alardes de hidalguía. Recuérdese la aventura del vizcaíno en la Primera parte de *El Quijote*.

de esta ínsula Barataria, adiós. Si no os hice mucho bien, tampoco quise haceros mal. Nadie murmure de mí, que fui gobernador y salgo con las manos limpias. Desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano. Adiós, señores²⁰.

(Telón)

²⁰ La despedida del público, característica del teatro menor del Siglo de Oro, es una forma de acercar la representación al pueblo; no olvidemos que Casona compuso esta obra para el teatro ambulante de las *Misiones Pedagógicas*, cuyas piezas se escenificaban por los pueblos de Castilla.